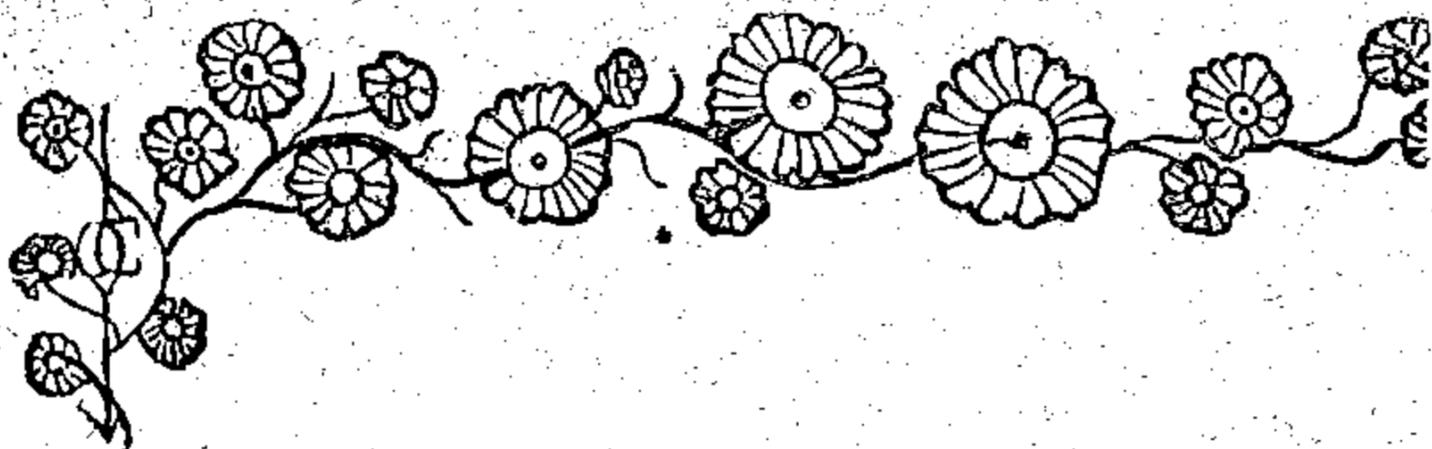


SIMÓN VERDE



PRÓLOGO



AL comenzar á escribir el Prólogo para los CUADROS DE COSTUMBRES DE FERNÁN CABALLERO, confieso que me preocupa más que otra cosa alguna el ansia de saber quién serás tú, lector de este volumen.

- Si eres uno de aquellos dados de largo tiempo á la novela, como otros á la bebida, y que, *amerado* del romanticismo, como aquellos del vino, pierdes la razón al primer sorbo, y con todo no dejas el vaso hasta consumir las heces, dígoote que es inútil todo preámbulo. Abre el libro, y de capítulo en capítulo llega hasta el fin, que estas líneas no han de influir más en su calidad ni en tu gusto que el rótulo de la botella en la esencia del vino ni en el contentamiento del bebedor.

Si en vez de esto, amigo leyente, eres de aquellos que escancian con pulso y con distinción debida, de modo diverso el vulgar

mosto de Arganda ó de Valdepeñas y el néctar celebrado de Domecq y de Pemartín, y, si en virtud de esto tienes ya antiguo conocimiento de FERNÁN CABALLERO, y haces justicia á sus obras, entonces su nombre te servirá de mejor Prólogo que mis discursos, y la experiencia de mejor incentivo que mi recomendación. Pero puede acontecer también que ni conozcas literariamente al ilustre escritor de la *Gaviota*, ni seas, por tu natural, inclinado á la lectura de novelas. Si así fuere, sabe, lector amigo, para que simpatices con el prologuista, que otro tanto me acontece, y para ponerte en todas mis confianzas y ganarme de paso la tuya, te diré las razones de esta mi aversión.

Tengo para mí que el siglo que corre es el menos novelesco de los diez y nueve que cuenta la Era cristiana. Si lo dudas, mira la cuarta página de cualquier periódico, y allí verás las Sociedades de Seguros aforar la duración de la vida humana, como puede un perito agrimensor el rendimiento de una dehesa baldía. Allí encontrarás á tu sabor prospectos de ferrocarriles, en que se calcula el tanto por ciento de los viajeros que se estrellarán, ni más ni menos que el buen ganadero echa de antemano la cuenta con

las reses que han de malograrse. Todo se sujeta á guarismo y á cómputo en este matemático siglo XIX; los delitos que se cometen en cada legua cuadrada, las honras que naufragan en cada barrio, la parte alícuota de moral ó de salud pública que viene al suelo en cada nación, en cada año, en cada pueblo y en cada mes. La inventiva más acalorada ó la imaginación más fecunda, encerrada por esos números y cargada por tanta estadística, mal puede entregarse á vuelos fantásticos ó á sentimentales efectos.

Y con todo, este siglo tan poco novelesco á mi ver, es el más *novelífero* (perdónese la palabra) de cuantos registra la historia literaria. Y vuelvo á atestiguar con los periódicos: no habrá alguno de ellos tan poco observante de la moda que no ceda su entresuelo á algún novelista: y esto sin preguntarle de dónde viene ni adónde va. Periódicos conservadores hay que dan acogida á Eugenio Sué y consortes; y no faltará algún diario que, bajo el manto y rezaderas de devoto, dé benévolo hospedaje á un romancero *sapientem hæresim*.

Por esto, piadoso lector, he cortado por lo sano, y no hay fuerza que me haga tragar novela alguna, ya sea administrada en dosis

de folletines, ya envueltas en artísticas láminas (vulgo *ilustraciones*), como las píldoras en pan de oro y en cajaafiligranada. Y no creas que en esto tiene parte la envidia del oficio, que yo doy gracias á Dios de haberme libertado de ésta mala inclinación, y aun de haberme dado abundantemente la contraria, porque de mí te sé decir que tengo propensión afectuosa á todo el que descuella, aunque sea en artes que estimo en poco. Plácese en el torero la audacia, la osadía en el espadachín, la destreza en el jugador de manos, la verbosidad en el sacamuelas; cuanto más el ingenio, que, aun mal empleado, deja siempre algún rastro del sublime principio de donde emana.

Ni estaba yo en este caso con la persona de FERNÁN CABALLERO que, si bien no me era conocida, la acreditaban conmigo, ya su patria, en donde, al decir de un insigne poeta, no hay hombre sin donaire ni mujer sin gracia; ya su origen que, según tengo entendido, viene de aquellas razas germánicas, gente pensadora por naturaleza, y concienzuda por instinto; ya, en fin, el crédito que muchas y respetables personas la tributaban.

Pues bien; para venir al caso presente, aquí me tienes, benévolo lector, sin conocer,

aunque estimándola, la persona de FERNÁN CABALLERO, sin haber leído, por el mero hecho de serlo, sus novelas ni los Cuadros de Costumbres, para los que me he propuesto, sin embargo, escribir esta Introducción.

Para llevarlo á cabo, reclamé de la imprenta las capillas del presente volumen, y vinieron á mis manos desencuadernados y de mogollón SIMÓN VERDE, LUCAS GARCÍA, MÁS HONOR QUE HONORES, OBRAR BIEN... QUE DIOS ES DIOS y EL DOLOR ES UNA AGONÍA SIN MUERTE, y púseme á leerlas mal dispuesto y como de oficio.

Duró poco, en verdad, esta inapetencia literaria. Despertóse el gusto al primer capítulo, á pocos más la curiosidad, el interés vino luego, y al terminar la última novela, el autor me era simpático, y la obra me parecía más que *buena*, es decir, BENEFICIOSA. Estos resultados no los consigue FERNÁN CABALLERO describiendo personas ó escenas históricas, cuya simple enunciación cautiva el ánimo de los lectores. Aunque el ingenio de Walter Scott fuese menos sublime, ¿á quién no interesaría el bello y desgraciado retrato de María Stuart, ó la terrible desventura de Carlos I? Tampoco el novelista español deja correr su fantasía como el autor de *Los Mos-*

queteros y de *Monte-Cristo*, para darnos en pleno siglo XIX unos remedos de los libros de Caballería, llenos de increíbles hazañas, de sucesos maravillosos, de caracteres sorprendentes y excepcionales. Y todavía menos se empeña el autor de que hablamos en hacer con la pluma en la mano, á guisa de escalpelo, el análisis y anatomía de las dolencias morales de nuestra sociedad, ya abultándolas de manera pavorosa, ya sacándolas en espectáculo nauseabundo, de modo que los que de ellas están apenas acometidos se llenen de temor en vez de combatirlos; los que las padecían ya más graduadas, pierdan toda aprensión y aun hagan gala del sambenito, y, en fin, los que están en completa salud, lleguen á intimidarse y á desconfiar de todos, creyendo que cada hombre oculta esa miserable lepra de que ellos por rara excepción se miran libres. FERNÁN CABALLERO sigue camino diverso. Personajes sencillos y argumentos más sencillos todavía describe con su pluma, sencilla también. Y si enamora y si cautiva, no es con el prestigio de nombres heroicos ni de sucesos maravillosos, y si enseña y si cura las dolencias del corazón, no es con la inhumana insensibilidad del disector ó con los empíricos remedios del curan-

dero, sino con la dulce compasión de una Hermana de la Caridad y con el inefable bálsamo de las virtudes cristianas.

Pero, volviendo á mi asunto, ya veo, ¡oh mansueto lector! que comienzas á aburrirte de estas generalidades, si ya no has cerrado el libro y entrádote por el texto de él, sin detenerte en preámbulos. Si así lo has hecho ¡á fe mía que has acertado! No tienes más que seguir por las deliciosas orillas del Guadalquivir al honrado labriego Simón Verde, que montado en su burra vuelve de Sevilla, ó pararte con él á escuchar en un ventorrillo la conversación que entabla con el Alcalde de su lugar, y yo te prometo que con estos dos solos personajes, y con las familias que de ellos dependen, has de pasar tan buen rato, que no has de echar menos este preámbulo. Si ya no es que, más aficionado á la Sierra que á la ribera, prefieres alojarte breve tiempo en una cabaña de Valdeflores, y aprender allí lo que quiere decir MÁS HONOR QUE HONORES, ó trabar conocimiento con LUCAS GARCÍA y con su desventurada hermana, y ver conservada en una mísera cabaña de la Sierrá de Ronda aquella inflexible honra castellana, de que tan fácilmente se habla y que con tanta dificultad se practica.

Quizá te des á entender, *novelívoro* lector, que todos estos humildes personajes que te cito tienen por lo llano de su ralea alguna semejanza con *Fleur de Marie*, *Rigolet*, *Goileusse*, *Chourineur* y demás héroes de esa estofa, grandes favorecedores de filosofía y causadores de escándalo; pues para que no te llames á engaño después, quiero desde ahora declararte que está FERNÁN CABALLERO divorciado y reñido con ese linaje de gentes.

Cuanto más que quizás tu echarás de menos el *comfortable boudoir* de Mlle. Adriana, el *pundonoroso duelo* del príncipe H. con el caballero de (***) y, sobre todo, la *edificante y devota* correspondencia entre el Vizconde de X. y la Baronesa de Tal. Y así entretenido en tan buena sociedad, has de tener á enojo el tratar con estos palurdos, ó con el soldado LUCAS GARCÍA, ó con el mendigo y el arriero que hacen gran papel en MÁS HONOR QUE HONORES, ó con el Cura de aldea y el guarda que te persuaden á OBRAR BIEN, QUE DIOS ES DIOS, ó con la pobre lugareña que acredita que EL DOLOR ES UNA AGONÍA SIN MUERTE.

No estaría yo distante de darte la razón si no tuviera presente que ha dos siglos y medio que fatigan las prensas y la fama de todas

las naciones del mundo las aventuras de un pobre hidalgo de Argamasilla y de un labrador vecino suyo. Y si este punto de contacto existe entre el inmortal CERVANTES y el moderno novelista, otras cosas hay en que se diferencian, para honra de la nación en que vive y de los magnates que patrocinan al último. El manco de Lepanto llevó al hijo de su ingenio de antesala en antesala con mala fortuna, y al cabo murió desatendido y pobre en una mala vivienda de la calle de Francos. FERNÁN CABALLERO ha recibido el tributo de admiración de los principales ingenios de España, y vive hoy, si no miente la fama, merced á la regia munificencia, en los reales alcázares, y allí obtiene de los Príncipes mismos estímulos honrosos á su virtud y á su talento, recibiendo el encargo de aleccionar á los Infantes de Castilla con la misma pluma que pinta los cuadros de costumbres populares.

Confiamos en que lo hará diestramente.

Mas volviendo á aquel punto de identidad entre los asuntos de ambos escritores, observaremos que en el mundo intelectual, como en el físico, no son las cosas más admirables y útiles las que están más escondidas. El aire, el agua, la luz, las más bellas y neces-

rias obras de la creación, están prodigadas en la naturaleza. Los gases insalubres y los venenos mortíferos son los que se esconden en las entrañas de la tierra ó apuran el uso de los alambiques. El amor, la ternura, el valor, la caridad, brotan aún felizmente en medio de la sociedad; los crímenes excepcionales, los caracteres corruptores, son los que necesitan ser buscados como el ácido prúsico ó como las culebras de cascabel. No, empero, porque estén la belleza y la bondad prodigadas por la divina misericordia en el mundo físico y en el mundo moral se deduce que cualquiera tiene talento bastante para utilizarlas en honra propia y provecho de sus semejantes, que para fecundar con el agua los campos, para hacer del aire el móvil de la navegación, para alimentar con el vapor la industria humana se necesita que la Providencia haya tocado con su dedo el ingenio creador del primer agricultor, del primer navegante, del descubridor del vapor.

Destilar jugos de la naturaleza para hacer ponzoñas obra es de envenenador, cuando no de alquimista; abultar y sublimar los vicios de uno para inocularlos á la sociedad toda es tarea que, aun hecha con ingenio, muestra depravado corazón. Por el contra-

rio, describir las virtudes consoladoras que aún germinan en medio de nuestro pueblo, para hacerlas á ellas más practicables y á él más digno, con ser obra que arguye ingenio y meditación recomendable, prueba más todavía la providencia suma, que manda siempre á los individuos y á las sociedades, mientras es tiempo, el remedio adecuado á la dolencia.

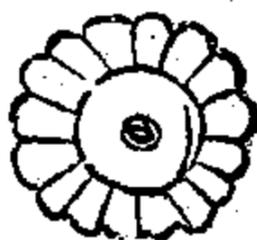
Oficio es peor que satánico el del novelista corruptor; misión en cambio casi santa la de quien, siendo bueno, procura que los demás mejoren.

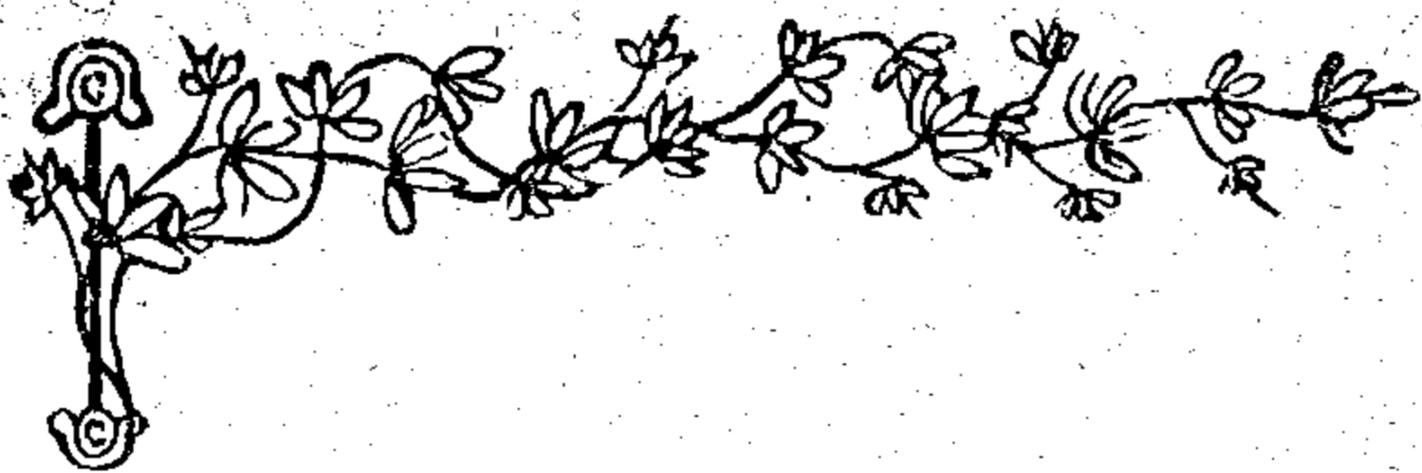
En efecto: no sé qué de providencial descubro en la misión literaria de FERNÁN CABELLERO. Hoy que el egoísmo, la incredulidad y el indiferentismo religioso, no atreviéndose ó no pudiendo presentarse en gruesos volúmenes á contagiar la sociedad presente, se achican y se deslizan á la callada en novelas que emponzoñan la parte más pura y más bella del género humano, á saber: el ardor juvenil y el corazón de la mujer, parece como que es una misericordiosa disposición el que en esas mismas formas novelescas se propaguen principios de eterna salud y antídotos de sobrehumana energía.

Demos, pues, gracias á la Providencia, que así como nos pone en el campo las bellas y

aromáticas plantas para darnos á la vez salud y recreo, siembra también en los ingenios esas flores que sanan y deleitan á la sociedad entera. Humillémonos, pues, una vez más ante su poder, y cuando, recreados en la lectura, hayamos ganado un amigo en FERNÁN CABALLERO, aceptémosle además como UN CONSEJERO PROVIDENCIAL.

EL MARQUÉS DE MOLÍNS.





EL AUTOR Á SUS LECTORES

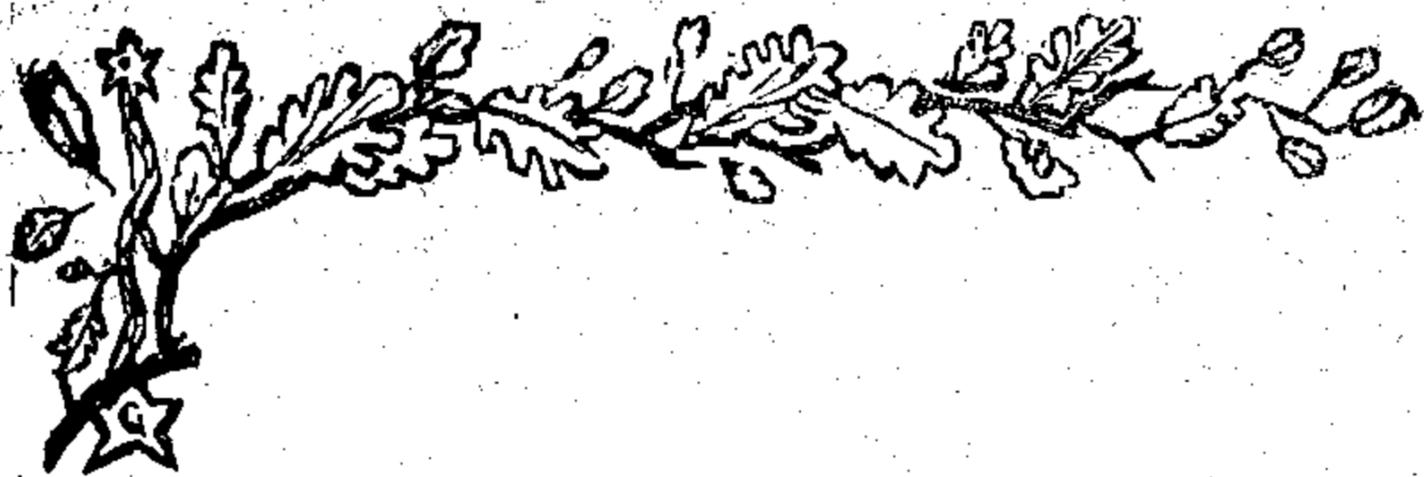
ALGUNOS piensan—sin duda inducidos á ello por la denominación de populares que llevan nuestros CUADROS DE COSTUMBRES—que los reproducimos para el pueblo; y esto es un error, que está demostrado con sólo la sencilla objeción de que el pueblo que nosotros pintamos no lee. Los pintores flamencos—perdónesenos lo atrevido de la comparación en favor de su exactitud—no pintaban sus cuadros campesinos para los que en ellos figuraban, sino para los que amaban la naturaleza campesina y apreciaban la pintura.

Aquella reflexión podría indicar que los cuadros de costumbres no son propios de la esfera culta. No obstante, sólo el que confunda la *forma* y la *esencia* dejará de conocer que el buen gusto, como el perfume que lleva ese nombre, se compone de *mil flores*, y que

no son las silvestres de las que menos aroma se extrae.

Sólo añadiremos una palabra. Hase creído también que inventamos los cuentos, dichos, coplas y comparaciones que hacinamos en nuestros Cuadros populares. Está tan lejos de nosotros el dar como propio lo que no lo es, que muchas veces hemos repetido que el mérito que puedan tener, y tienen realmente estos Cuadros, no es otro que lo verdaderos y genuinos que son, en el fondo, en los pormenores, en las descripciones, en las ideas y en el lenguaje.

Basta pararse un instante para conocer la fuente de que brotan. La cultura no tiene la inocencia y candidez primitiva; carece del chiste independiente y original; su peinado lenguaje no tiene la energía y la concisión —y así carece también de la libertad en la expresión—de los rancios y robustos sentimientos religiosos, que aún conserva el pueblo; todo lo cual, bien ó mal, reproducen estos CUADROS.



SIMÓN VERDE

CAPÍTULO PRIMERO

El pueblo es un gran poeta, porque posee en alto grado el sentimiento que, en mi concepto, es el alma de la poesía.

TRUEBA Y LA QUINTANA.

(Libro de los Cantares.)

In wit a man, simplicity a child.
En la agudeza, hombre; niño, en la sencillez.

POPE.

Todo el que ha surcado el Guadalquivir ha parado su atención en los pueblecitos que, como vanguardia de la decana y noble ciudad de Sevilla, se le presentan, si baja, á la derecha, si sube, á la izquierda del río.

La Puebla, que es el primero que encuentra el que sube de los puertos, es grande, compacto, desprovisto de arbolado, y parece ocuparse más de la extensa campiña que do-

mina que no del río y del movimiento de sus barcos. Es labrador, calza polainas, y no se quita su sombrero calañés ni á los Grandes, ni á los Lores, ni á los Príncipes, ni aun á los Reyes, que en los vapores suelen pasar por delante de él echándole el lente.

La segunda población, que es Coria, más presumida que su vecina, guarnece sus faldas con huertas: es muy amiga del Betis, al que labró uno de los vapores que le han engalanado, y al que le dió su modesto nombre. *El Coriano*, pues, ha alternado con los *Teodosios* y *Trajanos* (nombres de otros vapores), por lo cual, un consecuente y sistemático alemán llamó siempre al modesto homónimo de Coria *Coriolano*. Ostenta Coria una elegante fábrica de orozuz, que es surtida de palo dulce por su suelo; es alegre y amiga de toros.

Gelves, que es el tercero de estos pueblecitos, se retira modestamente del surcado río, y se escalona sin pretensiones, pero con gracia, en la ladera de un monte, en cuya altura están unidos y formando un mismo edificio la iglesia y el palacio de los Condes de Gelves, propiedad de la casa de Alba. Sólo los niños al construir sus Nacimientos pueden colocar las casas y las chozas tan sin simetría y tan pintorescamente como se

ven en aquel pueblecito, el más lindo de los cuatro.

El último, que es San Juan de Alfarache, debe ciertamente la preferencia de que goza á su buen caserío y á la cercanía de la ciudad señora, pues, en punto á vistas, aguas y posición, le aventaja el modesto y campestre Gelves. Entre este pueblo y el río se extiende una verde pradera, que pertenece al común ó Propios. Entre la pradera y el terraplén formado ante la iglesia y el palacio están en declive huertas con más árboles que hortaliza: el pueblo se encarama como puede á ambos lados de estas huertas, sobre todo al izquierdo. El pomposo nombre de palacio conviene á aquella casa—que no lo es,— moralmente por las armas de Grande que ostenta, y materialmente, porque entre las sencillas y humildes casas que le rodean puede pasar por tal. Parte la pradera que besa el río una vereda, por la que se comunican la Puebla y Coria con la capital: la que, después de atravesar aquélla, pasa rozando por un aislado y pequeño ventucho, tan rústico, que gasta sombrero de paja y tiene melones y naranjas en las alforjas.

Cuando empieza este sencillo relato, era la hora apacible en que ya no deslumbra la luz y nada oculta ni entristece todavía la

oscuridad. El sol había descendido por detrás del monte, y se había ocultado entre los olivos que tiene por crespa cabellera, cuyos modestos contornos se dibujaban en los resplandores que en pos de sí arrastra el rey de la luz, como la cola de un manto real de púrpura. El río exhalaba su húmeda frescura que, como un bálsamo, aspiraban los pechos; introducía sus olitas mansas entre los mimbrales, las ramas de los sauces y sobre la tierra, como uñas con las que quisiera asirse á las orillas, á fin de estancarse en aquellos amenos parajes, y de no ir á perderse en la amarga inmensidad del mar. Hacíale resplandecer reflejándose en él, la luna, que poco á poco iba saliendo del anodamiento en que la sume el sol, y un barco con sus blancas velas se deslizaba silencioso sobre su tersa superficie, de tal suerte que hubiese podido tomarse por un fantasma, si de su centro no hubiese salido una clara y alegre voz trayendo con una sonrisa la imaginación á la realidad. Esta voz cantaba:

Toma, niña, esta tumbaga,
que te la da un marinero.
¡Ojalá que te se vuelva
una lanchita con remos!

El trabajador volvía alegre á su hogar y á su descanso: oíase de lejos el ladrido del pe-

rrero de campo, al que la distancia daba la suavidad que le falta, y la invadiente noche el agrado que tiene una señal de fiel vigilancia. Todos los seres tímidos se iban animando; las estrellas se acercaban como de puntillas, é iban ocupando sus altos puestos; miles de insectos, viéndose libres de las miradas de los enemigos que los acosan de día, se decían como chiquillos traviosos: *¡Ahora es la nuestra!* En seguida las catarronas se ponían á remedar el ruido del trompo con su tosco zumbido; el *caballito del diablo* imitaba á la perfección el susurro de la cola de papel del panderero ó cometa; las palomitas nocturnas, como las pobres que no tienen que ponerse, salían con las primeras sombras, para ir á la plaza en su humilde pelaje; las luciérnagas meditabundas, á imitación de Diógenes, encendían sus linternas para buscar un *luciérnago*; las ranas competían con denuedo y perseverancia con los incansables grillos que, nuevos Acteones escondidos entre las hierbas, asistían al baño de aquellas ninfas poco esbeltas. El rruiseñor lanzaba entre la enramada algunas notas sueltas, á fin de ensayar su melodiosa garganta para los divinos nocturnos con que obsequia al mes de las flores; el azahar exhalaba de su pequeño y puro cáliz su deleitable fragancia,

la que, unida al canto del ruiseñor, á la dulzura de la atmósfera y á la delicada luz de la luna, hacían de aquella sencilla y rústica naturaleza el Edén más encumbrado y aristocráticamente poético, y, sobre todo este concierto terrestre, la alta torre de la iglesia esparcía dulce y solemnemente las campanadas de la Oración, y el campesino que conserva su fe, pura como la atmósfera que respira, descubriábase la cabeza y rezaba.

Venía de Sevilla por la vereda ya mencionada un hombre montado en su burra, dejándola seguir su acompasado paso, sin hacer otra cosa que decirle de cuando en cuando:

—¡Arre, *Papalina!*, que parece que vas pisando huevos; mira que Aguedilla te va á reñir si llegamos tarde.

Este hombre tendría como de treinta y ocho á cuarenta años, y vestía muy bien al estilo andaluz: su cara era hermosa y regular; su mirada tenía una gran mezcla de sencillez de corazón y de alegre chuscada, y su risa era tan jovial, como franca y bondadosa. Era viudo hacía muchos años, y vivía con su madre y con una niña que le había quedado de su matrimonio. Puesto así por la suerte entre la ancianidad y la niñez, sostenía á cada cual con una mano, y dedicaba á ambas con entera abnegación su vida, así

como también les había dado todos los afectos de su corazón. Había nacido en una lindísima hacienda que lindaba con el pueblo, y de la que su padre fuera capataz; llámase esta hacienda SIMÓN VERDE, y este nombre le había sido puesto por apodo á nuestro buen campesino, según la costumbre de los pueblos de campo.

Ganábase la vida llevando cada día á Sevilla una carga de lo que le salía, la que vendía pregonándola por las calles, y al mismo tiempo hacía de *ordinario*, llevando y trayendo encargos, cuyo modo de vivir, unido á su genio alegre y bondadoso, á su graciosa verbosidad y á su complacencia, habíanle hecho conocido y querido de todos; y no había nadie en el pueblo, ni aun en los inmediatos, que al encontrarse con él, no le apostrofase con cordialidad y benevolencia:

— ¡Hola! Simón Verde, ¿fuiste á Gibraltón por las naranjas de tu huerta que has vendido hoy?

Tal fué la pregunta que le hizo el Alcalde, que con el medidor estaba sentado á la puerta de la humilde venta, cuando á ella llegó el jinete borriquito.

— Sí, señor: ¿y qué había de hacer? Si pregonaba naranjas de Gelves nadie me las había de haber tomado, y si no, voy á darle á

su mercé una prueba. Antaño merqué una carga de bellotas; y, para no mentir, señor Alcalde, no valían *náa*.

— Por lo visto te engañaron, ¿no es eso?

— No, señor; sino que se las tomé para hacerle favor á un serrano, á quien le precisaba volverse á la sierra.

— ¡Tus cosas, Simón Verde, tus cosas!
— dijo el medidor.

— Y ¿qué quiere usted? Yo no puedo ver apuros, me descoyunto; todo el que se queja me mete el corazón en un puño, y el que llora me desatenta. Pero volvamos á mi cuento, que no hay cuento desgraciado como el que lo cuente sea porfiado. Como iba diciendo, me puse á pregonarlas, y en todo el día de Dios vendí ni una siquiera; se venía la tarde, y yo estaba con la carga completa sin saber qué hacer, ó más bien como el que vendía la suegra — que la daba de balde, — cuando me se vino á las mientes pregonar bellotas de Cádiz...

El auditorio soltó una unánime carcajada.

— ¡Cristiano! — exclamó el Alcalde, — ¿pues acaso no sabes que Cádiz no es más que piedras sobre rocas?

— De sobra que lo sé, y que allí no hay más arbolado ni más matas que claveles en tiestos. Pues por lo mismo lo hice, señor.

Y *asina* fué que llamó tanto la atención, que en un *verbo gracia* me las quitaron de las manos.

— ¿Y tu trigo, Simón, está bueno? — preguntó el medidor.

— ¡Qué ha de estar bueno! Yo no puedo rodear de sembrarlo á su tiempo, y el trigo tardío es un venturón que salga bueno. Y así siempre se le ha dicho: — «¿Dónde vas, tardío? — En busca del temprano. — Ni en paja ni en grano.» Otoño es el *ligítimo* tiempo de la siembra. «En Octubre echa pan y cubre.»

— Eso es la pura verdad, y dice el refrán: «Al que siembra en Abril, su madre no le había de parir; y al que siembra en Mayo, ni parirle ni criarlo.» Pero no tengas cuidado, Simón, que has de coger; el año es de buen paño; un tiempo está haciendo para el trigo que ni mandado hacer, para que caiga de su peso y no se violente. Febrero se portó como un General.

— Verdad es. Pero Mayo se ha metido á caniculero con sus solanos; ¡maldito aire! Si supiese el agujero de donde sale, lo tapaba con cal y canto.

— Pues yo te digo, Simón, que el año ha de ser de los de las vacas gordas del Rey Faraón; y no ha de ser el del hambre, ni del pan á peseta — dijo el medidor.

— Ni permita Su Divina Majestad — exclamó Simón Verde — que veamos á otra Doña Paca, (1) pues

Del año de Doña Paca
nos tenemos que acordar:
que estaba la Pura y limpia
en el canasto del pan.

— Simón: te merco tu pegujal en hierba, y doy dos mil reales — dijo el Alcalde.

— Señor: si me tiene más de costo — replicó Simón Verde.

Después de algunos debates, en los que el medidor por adulación sostuvo al Alcalde, quedó el pegujar vendido en tres mil reales. Era éste un trato ruinoso para Simón Verde.

— ¡He! ya vendió usted el pegujar, y se puede reir si el levante se lleva su parte como de costumbre tiene — dijo el ventero que era una especie de Goliat, joven y bonachón, que moralmente derribaba un Daviddillo cualesquiera.

Su madre, que era de su jaez, le nombraba desde que nació *mi niño*; y el mal aplicado epíteto le había quedado por apodo.

(1) Nombre que le pusieron al año de 1848, que fué tan escaso de grano. Creemos que *Paca* deriva de poco. Citar esta época cuando la historia es anterior es un anacronismo insignificante.

— Usted, tío Simón — prosiguió el ventero, — saca agua de donde no hay manantial, y sabe más que un soldado viejo.

— Pues ya se ve que no soy un bulto con ojos como tú, Joaquín, *Mi niño* — repuso Simón Verde; — y que, en fin, más corre un galgo que un mastín. Pero no sé qué tiene, que son mis dineros como los del sacristán, que cantando se vienen y cantando se van.

— Tu culpa es, Simón Verde — dijo el Alcalde; — lo ganas muy bien y podrías estar más descansado que caballo de regalo. Pero tu dianche de buen corazón te pierde; no puedes ver lástimas, ni sabes decir que no. ¡Malo hubieras sido tú para mujer! Tienes una buena fe que no está en uso, y, por más chascos que te dan, no escarmientas.

— Señor: si en este mundo no nos ayudásemos los unos á los otros, ¿qué sería de los hombres?

— Cada cual se rascaría con sus uñas, como debe ser, Simón. A Nicolás el carretero le diste para mercar un buey: ¿te lo ha pagado?

— ¡Pues si se le murió! ¿había el desdichado de pagar un difunto?

— A Matías le distes para techar su casa cuando se le hundió el techo: ¿te ha pagado?

— Se lo di á *réito*, señor.

—Pues cuenta ese desembolso y sus ganancias con el buey difunto.

—¡Jesús, señor, que está su mercé siempre pregonando lo malo, como campana de doble! A bien que no necesito yo esos dineros para comer, y que no nos ha faltado nunca, á Dios gracias, el pan nuestro de cada día.

—Pero tienes una hija, hombre.

—Y la quiero más que á mi corazón, porque la chica se lo merece. Es tan bonita que la envidia el sol; tiene un genio que ni que se lo hubieran hecho de flores las abejas, y un sentido que parece que tiene metida una vieja dentro del cuerpo. Pero no me he de hacer ciquiña ni agarrao por mor de ella, porque disculpa quieren las cosas, señor. A más de cuatro conozco yo á los que no se les caen los hijos de la boca cuando se trata de dar un cuarto, y que si pudiesen se habrían de llevar sus caudales al hoyo, dejando á los hijos mirando al celeste. Su mercé iba á embargar al guarda Juan Martín por la contribución; ahí me le encontré tan atribulado al infeliz, y le di lo que saqué de mi carga de naranjas. Puede que no vuelva á ver esos treinta reales; pero nadie me quita que con haber remediado esa desdicha me sepa esta noche mi gazpacho mejor que un pollo.

—¡Gasta, derrocha, Simón Verde — dijo con encono y burla el Alcalde, que se creía aludido en cuanto había dicho sin malicia alguna el excelente hombre.— ¡Échala de pródigo; á bien que buenos mayorazgos tienes!

—¿Yo? no señor; pero no le debo *náa* ni á su mercé ni á nadie—respondió Simón Verde.

—No saldrás nunca de un coge y come,— dijo el medidor,— ni llegarás á estar acomodado.

--Nunca lo he intentado, pues más vale no desear que tener, que rico es el que tiene y feliz el que no desea.—Señores, ustedes se queden con Dios, que en mi casa me estarán echando de menos.

Diciendo esto, Simón Verde saltó sobre su burra y atravesó la pradera entonando con clara y sonora voz un romance.

El Alcalde le gritó por despedida:

--Si quieres que te aplaudan
Y te desprecien,
En tu vida reparte
Lo que tuvieres.



CAPÍTULO II

DESDE el terraplén que está ante el palacio desciende bruscamente el terreno algunas varas. En el fondo de este escalón estaba labrada la casa de la huerta de SIMÓN VERDE. Aunque decente y aseada, era pequeña y no tenía patio; mas como el patio es una casi necesidad para los andaluces, servía de tal un espacio empedrado que ante la casa habían allanado. Sosteníalo al frente y de ambos lados, por hacerlo necesario el declive del terreno, un pretil de piedras y cal, del cual partían unos postes que mantenían un gran emparrado, soberbia gala de pobres moradas, magnífico techado de frescas y movibles tejas, tan bien sujetas, que no las arranca de su puesto sino la violencia ó la muerte; techo paterno del pobre, que se renueva cada primavera de por sí; cuya misión es suavizar la luz sin ahuyentarla, quitar á los rayos del sol su ardor sin que pier-

dan su alegría, refrescar el ambiente con miles de abanicos, avisar á voces la caída de un chaparrón, y detener sus aguas mientras la familia recoge los enseres de su labor y busca abrigo. Cumple este hermoso protector su cometido, sin retribución alguna de parte de su protegido, ni aun la del riego; ya en el otoño, como regalo de despedida, inclina hacia los niños, que le alegraron con sus cantos y juegos todo el verano, enormes racimos de su hermosa fruta; y después, dando sus hojas ya inútiles al viento, se encoge y se duerme como una marmota, habiendo merecido bien de sus dueños, y sin que en su benemérita carrera se le pueda echar otra cosa en cara que su intimidación excesiva con las poco simpáticas avispas.

Del lado de afuera del pretil había una gran cantidad de flores que se inclinaban hacia adentro del gran salón de verdura, como para buscar la sombra, ó para lucir sus galas. También aparecían en él las gallinas con sus echaduras, haciendo regodeos, y muy anchas y afañosas con su dignidad de madre, repitiendo su uniforme clu, clu, que quiere decir *¡cuidado, cuidado!*; roreadas de sus polluelos que respondían en su voz de tiple, pí, pí, que quiere decir *¡pan, pan!* Lo de angustias que pasaban esas aves

tan madreras, con los saltos, gritos y corridas de la *echadura* humana que bullía á la sombra de aquel artesonado vegetal, sólo las madres lo pueden concebir. Pero ello es que los niños tienen para las gallinas con echaduras un cierto agridulce, como en escala gigantesca lo tienen las corridas de toros para ciertas gentes.

En la huerta había un gran *meeting* de árboles, entre los cuales los naranjos, como decanos y poco versátiles, obtenían la presidencia; pero el que siempre llevaba la voz era el olivo, porque el laurel, su opositor, no se hallaba en aquella pacífica huerta. La hortaliza, que se criaba allí á la buena de Dios, no era fina, ni tierna; pero era abundante y robusta. Había coles elefantes, acelgas jirafas, rábanos boas y habichuelas dromedarios.

La mañana del día en que conoció el lector á Simón Verde se veían una porción de niñas reunidas bajo el emparrado antesala de casa de Simón. Todas ellas hablaban; todas las flores que las rodeaban florecían, y todos los pájaros domiciliados en aquellas enramadas cantaban á la par. Como las flores formaban casi círculo, y las niñas se agrupaban en medio, podía compararse la vista que ofrecían á aquellos cuadros flamencos y

estampas francesas en que pintan un grupo de genios ó de niños en una guirnalda de flores. A la puerta de la casa estaba sentada una anciana, de aire dulce y grave, aseadamente vestida. Esta anciana en medio de tantas niñas, pájaros y flores, y separada de ellos por tan larga serie de años, les estaba, no obstante, íntimamente unida, por el cariño, en ella; por la gratitud, en ellos. Era la abuela de las niñas, la madre de las flores que había plantado y la providencia de los pájaros, á los que daba de comer, quizás de parte de Dios. Conservaba esta anciana sus facultades en toda su lozanía; pero no así los sentidos corporales: oía poco y veía menos. Por lo cual, cuando aplicaba la vista hacia el centro del emparrado, confundía las niñas con las flores, y cuando aplicaba el oído, no distinguía entre sí el alegre gorjeo de los pájaros y la infantil algarabía de sus nietos.

—Ya está la cigüeña machacando el gazpacho —dijo una de las niñas más chicas.

—Sí — respondió otra de la misma categoría, que debía á su respetable gordura el sobrenombre de *albóndiga*;— ya vino de la tierra de los moros la zancona.

—¡Pobres ranas! — dijo suspirando la primera—¡anoche cantaban tanto! y le decía la

rana al rano: Ranoque, ¿ha venido Picuaque?—Ranoque respondía: No ha venido Picuaque.—Pues si no ha venido, decía la rana, cantemos el reniquicuaque.

—¡Cantemos el reniquicuaque!—cantaron todas á gritos.

— Chiquillas, que me atolondráis—dijo la abuela, á pesar de lo tarda de oído.—Agueda: hija, tú que eres la mayorcita, ve que se diviertan ustedes con más asiento. Jugad á algún juego, ó decid acertijos, ó contad cuentos. Pero tú, que eres ya una media mujer, estás como los pájaros de marisma, que no sirven ni por mar ni por tierra.

Agueda, que era dócil, hizo callar y sentarse al ejército que estaba bajo su disciplina. Aunque esta niña no era una belleza, como le parecía á su padre, agradaba mucho; privilegio bastante general en las hijas de Eva, sobre todo en la primavera de la vida. Era morena colorada, tenía la cara corta, la barba picuda y saliente, la frente pequeña y muy calzada; lo que le hacía ponerse el pelo muy remangado, descubriendo unas entradas que se acercaban á las cejas. La risa la favorecía mucho, dejando ver una hermosa dentadura, y formando dos hoyuelos en sus mejillas. Era altita, y tenía más gracia que garbo; más atractivo que seducción.

—Mariquilla albóndiga: di tú un acertijo. Mis narices pongo á que eres tan zorrollona que no sabes ninguno—dijo Agueda.

La Albóndiga se irguió indignada, como si quisiese trocar su talante habitual en el de *croqueta*, y respondió:

—¿Que no sé un acertijo? ¡Vaya! y más de tres, ¡y más de mil! Y si no ahora lo verás:

Quando baja, ríe;
cuando sube, llora.

—El carrillo. ¿A que no lo sabes tú?

—¿Y tú sabes lo que es—repuso Agueda—

Una vieja jorobada,
con un hijo enredador,
unas hijas muy hermosas
y un nieto predicador?

—Es, es... la tía Pilonga!

—¡Qué desatino! ¿tiene la tía Pilonga hijas muy hermosas?

—Pues yo no conozco más vieja jorobada; se acabó.

—¡Es la parra, mujer; es la parra!.. que tiene sarmientos, uvas, y un nieto que se sube á la cabeza, que es el vino. ¿Lo sabes ahora?

—Lo sé y no lo sé—contestó la albondiguilla, que en seguida exclamó—: ¡Ay! ¡oye el cucú! está en la huerta.

—Di los cucús—observó otra de las niñas;— ¿no ves que son dos voces? el hijo que dice cu, y el padre que le responde sobre la marcha, cu.

—El cucú es el más descastado de todos los pájaros—dijo la abuela, que se impuso de la conversación gracias al agudo timbre de las voces de las niñas.—Va el pícaro al nido del *escula-mata*, (1) que es un pájaro muy chiquito, se come sus huevecitos y en su lugar pone los suyos. Después que la pobre *escula-mata* saca los huevos, abren los poyuelos su gran pico, pues son muy comilones, y la pobre pajarita, que cree que son sus hijos, se mata para poder criar los voraces cuneros.

—Dice padre—añadió Agueda—que otro pájaro hay muy pícaro y de mucho sentido, que es el alcarabán. Las zorras le persiguen mucho para comérselo, porque les gusta más que un confite. Un día le dijo el alcarabán á la zorra que su carne no tenía todo su sabor si antes de comerla no se decía: *Alcarabán comí*. Así lo hizo la zorra cuando poco después le cogió. El alcarabán aprovechó la ocasión de que abriese la boca la zorra para decir *alcarabán comí*, y se voló diciendo: ¡á otro, que no á mí!

(1) Coronilla.

—Mira—dijo una de las oyentes al ver posada sobre una rosa una palomita blanca y oír revolotear un moscón:— cata aquí una palomita blanca que lleva los recados á MARÍA, y un moscón, que es el que se los lleva al diablo.

Corrieron siguiendo la dirección del vuelo del moscón, diciendo á la par:

—Moscón: dile al diablo que se vaya con los moros de Berbería, y que no aporte por acá.

—Moscón: dile al diablo que sepa para su gobierno que está en la iglesia San Miguel, que es quien con él se las sabe barajar.

—Moscón—dijo á su vez Mariquilla albón-diga:— dile al diablo que mi *mae* Ana me ha puesto una cruz de retama macho al cuello para librarme de él y de la *arecipela* (la erisipela).

—Y á la palomita blanca, ¿qué recado le das para MARÍA, Mariquilla?—preguntó Agueda.

Mariquilla se acercó andando de puntillas, y hablando muy quedo, para no ahuyentarla, dijo:

—Palomita: que le des muchas memorias á MARÍA.

—¡Qué tontuna! Eso no.

—¿Pues qué?

—Se dice: palomita, dile á la SEÑORA de nuestra parte, como en las letanías se le dice: *ora por obis!*

Y como si la mariposa hubiese atendido al encargo y á esa súplica, que nada decía y tanto significaba, á palabras tan incorrectas, y á aquella fe tan pura y sencilla, elevóse al impulso de sus blancas alas, y se perdió en el éter como un suave perfume, ó como un dulce sonido.

Las niñas, que eran pobres, comieron todas allá, y á la caída de la tarde dijo la mayor:

—Ea, ya el sol se va.

—Y yo también me voy, que ya vendrá *pae*—dijo la Albóndiga.

—Y yo,—añadió la tercera.

—¡Y yo... y yo! Con Dios, *mae Ana*—repi-
tieron todas.

Y el alegre coro se fué cantando, al observar la luna que parecía mirarlas:

Luna lunera,
cascabelera,
mete la mano
en la faltriquera;
saca un ochavo
para pajueta.

Una de las muchas luces del siglo—¡LOS FÓSFOROS!—ha quitado su oportunidad y sen-

tido á esta infantil plegaria á la luna; y pronto sólo en estas hojas quedará el recuerdo del referido coro á Diana, tan desentonada, pero tan graciosamente ejecutado. ¡Pueda perdonárselos la luna! Nosotros no nos sentimos con fuerza y valor para ello.

Las pajuelas, descoloridas y lánguidas sultanas, recostadas en sus muelles divanes de yesca, á las que sólo animaban los esfuerzos unidos del hierro y de la piedra; aquellas pálidas vestales del fuego doméstico, se han visto arrebatarse su reinado por un ejército de pigmeos y efímeros republicanos fósforos, que, con su gorro encarnado, é íntimamente unidos en sociedades secretas, merced á sus *sansfaçons*, se han introducido por todas partes. Pero nosotros—que somos palaciegos de la desgracia—guardamos fidelidad á las destronadas sultanas que, según la tradición de los niños, estaba á cargo de la luna proporcionar en las casas. De esta tradición se desprende que los niños—que saben mucho y enmiendan la gramática con gran tino—hicieron el descubrimiento de que la luz de las pajuelas no era la roja luz del sol, sino la amarilla luz de la luna.

Aconsejamos á los sabios que tomen algunas veces informes de los niños sobre problemas que no alcanzan, pues los niños saben

muchos misterios que ellos ignoran. ¿Quién se los dice? Ellos lo callan. No sabemos si será un niño al que sonríen dormidos; si será un pajarito, pajarito que sus padres calumnian haciéndole pasar á sus ojos por acusador;— pero los niños no lo creen, y en eso llevan los calumniadores su castigo.— ¿Si será el aura cuando los besa? ¿si serán las flores cuando los acarician? ¿si será el agua cuando, á los golpes que le están dando mientras desnudos en ella se bañan, salpica sus rostros de líquidos brillantes? ¿ó si tendrán algo de divino en su mirada, que extiende su alcance á lo desconocido mientras son inocentes? Ello es que saben cosas que nadie les enseña, y que la razón matemática no explica; cosas con las que simpatiza el poeta, que conserva con él bello don de Dios—la poesía creyente— la inocencia del sentir; pero de que se burla y moteja el hombre positivo, que en este suelo no quiere flores ni nada inútil ni sin objeto, sino que exige que todo él se are y después de arado se siembre de... patatas!

Volvamos á la narración, puesto que nos echan en cara nuestras digresiones. ¡A narrar, á narrar! al arado, ¡y á sembrar patatas! Las digresiones están de más; que también en literatura hay hombres positivos.

¡Digresiones! ¡pues no es nada! La prosa se escandaliza; la narración se indigna; el verso grita ¡usurpación!; el tiempo pide estrecha cuenta; el interés reniega de esos jaramagos parásitos, y la atención dice que no quiere vagar como un papanatas, sino que quiere caminos de hierro para estar al nivel de los adelantos de la época. ¡A tus agujas sastre! (1)

—¡Alabado sea Dios!—dijo Simón apeándose de la calmosa *Papalina*, que se encaminó sin salir de su paso hacia la cuadra cuando Simón le hubo quitado la albarda.— ¡La bendición, madre!—añadió al acercarse á la anciana.

—Con la de Dios, hijo: ¿vendiste las naranjas?

—*Toas*, y más que hubiese llevado. Pero no traigo un cuarto, madre.

—¡Hombre, válgame Dios! ¿y qué has hecho con el dinero?

—Se lo presté al guarda del cortijo que linda con mi haza; me le encontré en el

(1) Alude esto al notable artículo laudatorio que sobre *Clemencia* se publicó en el *Mensajero*, firmado A. D. F.—A encomiarlo nos impulsa la justicia y la gratitud; pero nos impide hacerlo el ser nosotros á quien tan entendida y delicadamente elogia. En aquel excelente artículo nos defendía el autor de este cargo que se nos hace.

camino en unos grandes conflictos, porque ese alma de Judas del Alcalde le iba á embargar por las contribuciones. ¡Pues no clama al cielo que pague contribuciones el infeliz, que no tiene ni pan que comer!

—¿Pero no sabes que estamos debiendo al panadero?

—Ese no nos ha de embargar, madre; y bien sabe que tiene su dinero seguro. ¡Jesús! ¡y qué gañotes tan chicos tiene usted, que en un instante está ahogada, ¡señora!

—¿Y tú sabes, hijo, que Juan Martín el guarda tiene más trampas que misterios la Pasión, y que ese dinero no te ha de volver á pesar en tu bolsillo?

—Lo sé, madre. Pero ¿qué había de hacer? agradecido, me guardará mi pegujar con celo; y ya ve usted que «real que guarda á ciento, es buen real».

—¡Vaya con el Alcalde!—dijo la anciana—que otro más duro no le ha habido. Mira tú, cebarse con Juan Martín, que es primo de su mujer, ¡que en gloria esté!

—El Alcalde—repuso Simón señalando una de sus venas—es malo de esta que corre; y desde que tiene la vara se ha hecho un *Don Pedro de Palo* de los más tiesos. ¿Pues no le oí decir el otro día, hablando de su hijo Julián: «Este muchacho no tiene

amor al dinero, y eso es lo peor que puede tener»? (1)

—¡Hombre, Simón!—exclamó absorta la anciana—¿esa herejía dijo?

—Con estas orejas que se ha de comer la tierra lo oí, madre—contestó Simón tirándose bárbaramente de una de ellas, inducido á ello por la energía de la acción y el fuego de la indignación.

—Mientras más rico se ha puesto, más duro y más avariento se ha hecho—dijo la buena anciana.— Ese vicio es más malo que ninguno, porque endurece el corazón, y va siempre á más, como el cáncer. Mi padre contaba que un hombre de muchos posibles casó á cuatro hijas que tenía, y á cada cual le dió una cantidad crecida de dinero. Al año fué á verlas.

—¿Cómo te va?—preguntó á la primera.

—Padre—contestó ésta:— desde que tomó el dinero mi marido se ha enviciado en los naipes; no hace caso de mí y todo lo está jugando.

—No te dé cuidado ni te apures—le respondió su padre;— en acabándose el dinero tendrá que trabajar; se acabaron entonces los naipes, y serás feliz.

(1) Histórico.

Fué en seguida á la segunda de sus hijas, que le respondió llorando á la misma pregunta que le hizo, que su marido era muy enamorado, y que se gastaba todo el dinero en queridas.

—No te dé cuidado—le dijo su padre;— en acabándose el dinero tendrá que trabajar, y se acabaron las queridas, y serás feliz.

La tercera se quejó de que su marido era borracho, y pasaba su vida en las tabernas.

—No te dé cuidado—le contestó su padre;— en acabándose el dinero tendrá que trabajar, y se acabó el vino y las tabernas, y serás feliz.

La cuarta respondió á la misma pregunta que le hizo su padre quejándose amargamente de lo avariento de su marido, que no le daba un cuarto y la tenía muerta de hambre.

— ¡Ay pobrecita de mi alma!—dijo su padre abrazándola, ¡hija de mi corazón! que no le veo fin á tu desgracia! (1)

(1) ¡Qué admirable moralidad! ¡qué magnífica enseñanza! ¡hacer del trabajo el contraste de los vicios, y de la ausencia de éstos y de la pobreza la felicidad!

¿Quién ha infundido el espíritu que inspiran estas sólidas y puras concepciones sino el catolicismo? ¡Y se dice, y se ve impreso, que este pueblo no tiene moral, y carece de religión!...

Lo que demuestra á las claras—prosiguió la anciana—que el peor de los vicios es la avaricia, porque es un vicio del corazón. Y así bien hiciste, hijo mío, en socorrer á aquel pobre afligido. Mas que lo pierdas aquí, allá te lo encontrarás. Y más vale atesorar para la eternidad que no para estos cuatro días de vida temporal.

—Ese Alcalde-rapiña no merece al hijo que tiene — opinó Simón Verde.— Es Julián un muchacho de los mejores del pueblo: tan modosito, tan ajuiciado y más fino que una ele.

—Sale á su madre, que era una *vida de mi alma*; la gloria se la ganó con la paciencia que tuvo con su marido.

Desde que había entrado no había cesado Simón de volver la cara por todos lados, como si buscase algo.

—Madre—dijo ahora:— ¿dónde está la niña, que no la he visto?

—Haciéndote una camisa con su pechera bordada, hijo. Pero no quiere que lo sepas hasta que la tenga rematada.

—¡Águeda! ¡Águedilla!—gritó el padre:— ¿dónde estás metida que no te veo?

Salió entonces de entre las flores la niña, que vino saltando como una ardilla al encuentro de su padre. Mas en este momento llegó Julián, el hijo del Alcalde, que traía un

saco de dinero en la mano. Era un bonito mozo de diez y ocho años, de modales finos, de talento gallardo sin arrogancia, de mirada dulce, tímida; pero firme y serena.

—Aquí tiene usted—dijo á Simón Verde— los tres mil reales de su pegujar en hierba.

—¡Hijo, vendiste el pegujar!—exclamó consternada la anciana.

— ¡Y yo que no quería que lo supiese usted, madre! pero anda con Dios, ya que lo sabe, le diré que lo vendí por aquello de «más vale un toma que cien te daré».

—Mal hizo usted en venderlo, tío Simón—opinó el muchacho;— porque valía más de lo que le han dado, y el año va bueno, y así se lo he dicho á mi padre. Más lo sentí cuando lo supe que si hubiese sido mío el perjuicio.

—¡Válgame Dios, hijo!—exclamó afligida la madre:— ¡el pan de todo el año!

—Y ¿qué se le ha de remediar? A lo hecho, pecho, madre. Tome usted los tres mil reales, y los emplearemos en trigo en la cogida. Me lió tu padre, Julián, y el medidor, que es como el vino, que ayuda al diablo. Pero ¡anda con Dios! ¡más vale ser liado que no liar!

La anciana fué á guardar el dinero.

—Cuéntelo usted—dijo Julián á Simón, que no había pensado en hacerlo:— que quien destaja después no baraja.

Simón siguió á su madre.

—Agueda: ¿me das ese clavel?—dijo Julián á la niña cuando estuvieron solos.

—No.

—Pues ¿para qué lo quieres?

—Para ponérmelo ¡mire!

—¿Y á quién quieres parecer bien?

—A mi padrecito.

—¿Y á mí?

—Tanto me da.

Agueda hizo un gracioso gesto de indiferencia desdeñosa, en el que apareció la mujer eclipsando á la niña, como la rosa que se abre, al capullo.

—¿Ya desdeñosa? — dijo Julián; — tanto mejor, que siempre se ha dicho:

Morena tiene que ser
la tierra para claveles;
y la mujer para el hombre
morenita, y con desdenes.

¿Me das el clavel?

—¡El clavel... que es el mejor de la maceta!—exclamó Agueda—¡que nones! Primero daría el corazón.

—Pues dámelo, y quédate con el clavel.

—Ni lo uno ni lo otro—recalcó Agueda.

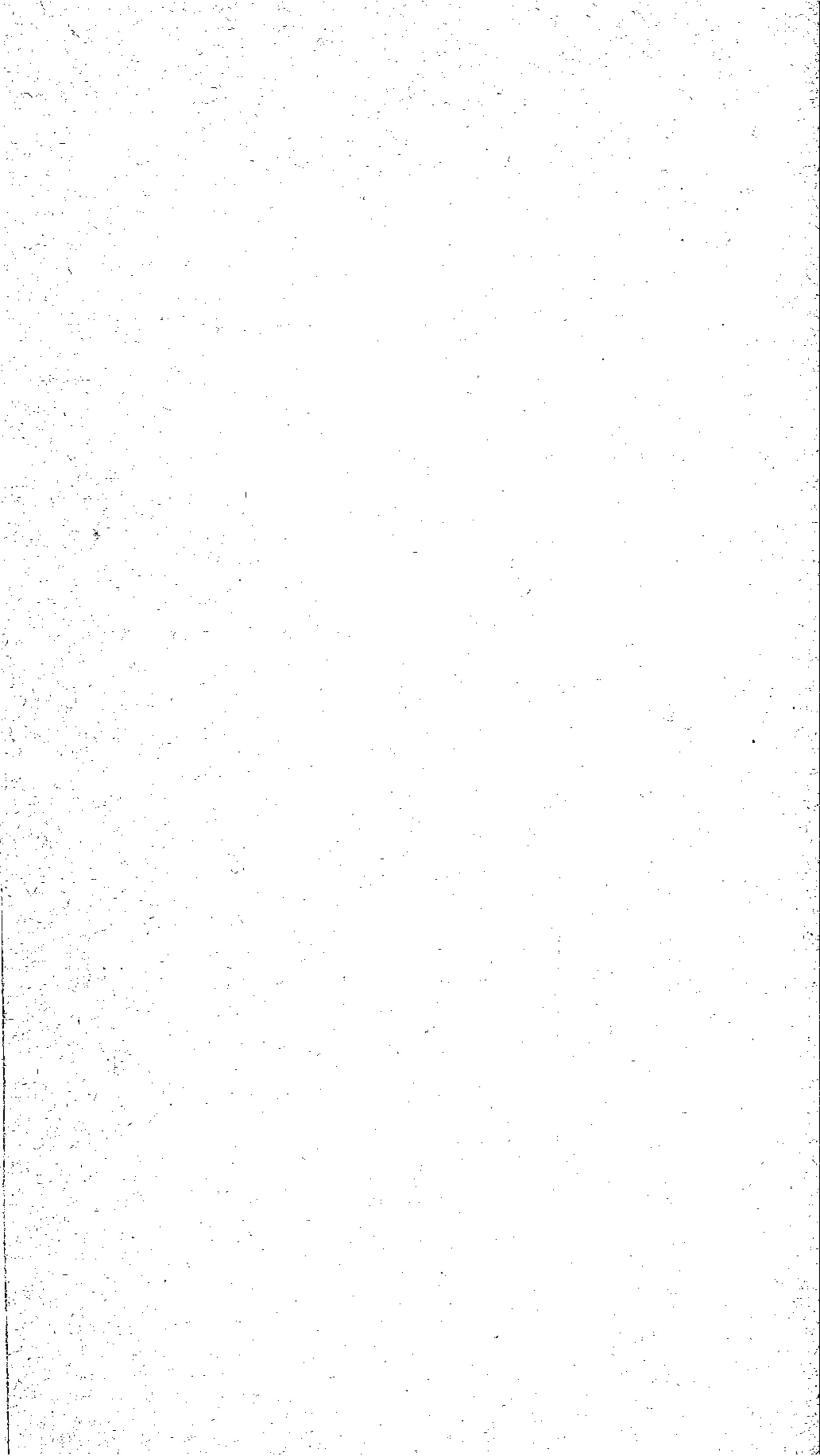
—Y qué, ¿quieres ser monja?

—No lo tengo pensado, ¿estás? Pero por ahora no quiero ni convento ni zorrococos.

—Pues ¿qué quieres?

—El clavel — dijo, y entróse corriendo en su casa la niña.







CAPÍTULO III



la mañana siguiente se puso Simón en marcha con su inseparable compañera la buena *Papalina*, encaminándose hacia una hacienda vecina, donde solía comprar aceitunas en salmuera para revenderlas en Sevilla.

Con las bruscas mutaciones de la primavera, veíase aquella mañana el cielo cubierto y enviar las nubes como itinerarios de las que debían seguirles, gruesas gotas de agua, que absorbía ansiosa la tierra, produciendo ese grato olor á búcaro, tan apetecido por muchas personas. Daban estas gotas al caer sobre los árboles sonoros golpecitos, como si quisiesen armar una alegre asonada para avisar á la naturaleza que era llegada la deseada hora del baño. Caían sobre la tersa superficie del río, en el que dibujaban ligeros y móviles círculos, que parecían suaves sonrisas con las que el agua de la tierra acogía á la del cielo. Los pajaritos se dirigían unos

á otros pitíos preguntones, como consultándose si se guarecerían ó no de aquella ligera lluvia. Las ranas, que al sentir el agua estaban en sus glorias, saltaban, cantaban y alborotaban, como lo hacen con el vino los borrachos en las tabernas; y no menos que ellas lo hacían los chiquillos, que al ir á la escuela cantaban:

Señora SANTA ANA,
abuela de CRISTO.
¡Mádanos el agua
para los triguitos!

Y las chiquillas, que tocándose un pañolito por la cabeza, salmodiaban al ir á la amiga:

¡Agua limpia, Padre Eterno!
sin relámpagos ni truenos.

—Si no hubiese vendido el pegujar—iba murmurando Simón—hoy no habría aún parado de cantar el levante; lo vendí, y agua en tierra. Pero al que no le sopla la suerte, si va al monte por leña, halla conejo, y si va por conejo, halla leña.

Simón se había internado por los olivares, que á gran distancia y á espaldas del pueblo se extendían; y costeaba ahora un espeso mimbral que nacía en una cañada, humedecida por las estancadas aguas de un manantial pobre y sedentario.

Seguía caviloso con el disparate á que se había dejado persuadir vendiendo su sembrado; y de cuando en cuando decía en voz recia:

—¡Cómo ha de ser! Ya no tiene remedio. En este mundo siempre ha de haber quien ría y quien llore. ¡Qué agallas tiene ese Alcalde, María Santísima! ¡Su ansia es como la misericordia de Dios... infinita!

Iba tan absorto en sus pensamientos, que sólo un inusitado y extraño acontecimiento pudo sacarle de su arrobamiento. *Papalina*, aunque sin alterar su paso, levantó de repente sus dos enormes orejas, paralíticas, y con talante de sauce llorón hacía muchos años, y se puso á mirar hacia el mimbral. Simón siguió con la vista la dirección de las miradas de la burra, y vió y oyó moverse los mimbres. Como todos los campesinos, que están connaturalizados con toda clase de riesgos y peligros, no era hombre que conociese el miedo; pero tampoco era desprevenido. Y así, sin alterarse, se puso en observación:

—Toro no es—pensó,— porque haría más ruido; zorra ni lobo, tampoco, porque haría menos. Este es animal de dos pies, como yo y otros; y se esconde, sus motivos tendrá, y á mí poco me se importa. Será algún gitano que viene á robar mimbres.

Apenas había hecho estas reflexiones, cuando salió de entre las ramas un hombre de aspecto fiero, que se dirigió á él.

—No traigo escopeta; y así, me quedé sin hatos...—pensó Simón sin conmoverse.

—Dios guarde á usted, buen hombre—dijo el desconocido.

—Y á usted también, amigo: ¿Qué se ofrece? ¿en qué se le puede servir?—contestó Simón Verde.

—Puede usted salvarme.

—¡Yo! ¿Qué está usted diciendo?

—Que soy perseguido, y que si me cogen soy *afusilado* sobre la marcha.

—¡Caramba, compadre, y qué buenos papeles traerá usted!

—Lo que traigo son méritos, ¿está usted? Pues mi delito es pelear por el Rey *legítimo* Carlos V.

—¿Faccioso?

—Asina nos llaman los traidores.

—Pues, señor —dijo Simón echando una mirada escudriñadora á su interlocutor,—yo estoy para mí que el Sr. D. Carlos de Borbón poco había de agradecer que tomase el que se le antojase su nombre para bandera. ¿Por qué, como los otros, no se van ustedes á las provincias á pelear cara á cara?

—Aquí estamos para reclutar gente.

—Y caballos y dinero también. Perdóne usted, señor; pero yo soy un hombre pacífico y un hombre *estableció*, y no me quiero meter en berenjenales.

—Déme usted siquiera un pedazo de pan —dijo con la cara desatentada por el hambre el forastero—, que hay dos días que estoy metido en ese mimbral, y no como.

El semblante de Simón se inmutó instantáneamente, y la más viva compasión se pintó en él.

—¡Válgame Dios, cristiano! —exclamó.— ¿Y por qué no empieza usted por lo primero? ¡Y yo que no traigo pan! Pero aguarde usted, que estoy aquí de vuelta en un brinco.

Y antes que el desconocido lo hubiese podido impedir había Simón desaparecido, dejándole frente á frente con *Papalina*, que no siendo dada á la política, no había puesto al que se denominaba carlino ni bueno ni mal gesto.

El forastero dió una fuerte patada en el suelo, quedóse un momento suspenso, y murmuró:

—¿Si será que sólo ha huído, ó si me irá á delatar? Pero, aun dado el caso, ¿dónde voy yo, si todos los caminos están tomados por la caballería? No—añadió después de un rato de reflexión,— las gentes del campo no de-

latan, no ha hecho más que huir; volveré á esconderme y esta noche buscaré amparo.

No bien se hubo metido entre los apiñados mimbres, cuando oyó cecear; púsose en observación y vió á Simón Verde que, con una hogaza de pan en la mano, corría las lindes del mimbral diciendo:

—Ssssp, ssssp, amigo, ¡hé! ¿dónde demonios está usted metido? Aquí está el pan; ¡sssp, amigo, hé!

El perseguido salió precipitadamente de su escondite, y se echó con ansia sobre el pan, repitiendo:

—¡Dios se lo pague á usted!, que ha hecho una obra de caridad de las grandes.

—Pues, hombre —repuso Simón Verde:— ¿quién no da de comer al hambriento? ¿me querrá usted decir? Dos cosas no ha conocido nunca el hijo de mi padre: ni miedo, ni hambre. Pero cargo me hago de lo que será el hambre.

—Pues hágase usted también cargo de lo que será —repuso el forastero— el estar uno acosado como fiera, no tener donde descansar su cabeza y estar en tierra extraña, sabiendo que si es cogido le aguardan cuatro tiros.

—Ya, ya, me lo figuro —dijo Simón Verde; el que, como toda alma caritativa que

empieza á hacer una buena obra y á sentir la delicia que arrastra tras sí como su recompensa, ansiaba por ponerle cima; pero no veía medio de lograrlo.

—En pasando unos días — prosiguió el forastero — podría escapar; pero lo que es ahora, andan tras de nosotros, y están las veredas tan guardadas, que ni los pájaros pueden pasar.

—Pues... donde ha estado usted escondido dos días estése usted otros dos — opinó Simón; — que yo le traeré á usted el pan, como el cuervo á San Pablo, primer ermitaño.

—Y qué, ¿acaso estoy allí seguro? Este olivar será registrado de punta á punta, y en él me hallo como en una jaula. Si usted me escondiese por un par de días en su casa me salvaba; pues allí no me habían de buscar.

—Hombre, si eso se sabe, me van á llamar *encubridor*, y me cuesta la torta un pan.

—Y ¿cómo se ha de saber? ¿Se ha sabido de otras tantas en que las buenas almas me han dado albergue? ¡Así estuviese en la sierra! Allí no se arredran tan fácilmente las gentes cuando se trata de salvar á un defensor del Rey *ligítimo*.

—Déjese usted de Rey *ligítimo*, que acá no me comulga usted con ruedas de carreta. No se trata de eso, sino de salvar á un pró-

jimo; y lo haré, lo haré; porque si cogiesen á usted y lo despachasen para el otro mundo me había de quedar un gusano para mientras viviese, y no quiero gusanos. Ahí no se puede usted quedar; estoy hecho los *cargos*. Además, con el tiempo que está haciendo en ese pantano, agua por arriba y agua por abajo, se iba usted á volver rano. Esté usted esta noche después de ánimas detrás de la iglesia del lugar, que linda con los olivares; á esa hora no velan en el pueblo sino los gallos y los novios, y podrá entrar en mi casa sin ser visto. Pero... ¿se irá usted en pasando dos días?

—¡Por ésta!—contestó el forastero haciendo con los dedos la señal de la cruz.

—Pues... ¡convenidos! —dijo Simón.—
Ea, salud.

Y llamando á *Papalina*, que por discreción se había alejado, y por pasatiempo descabezaba algunos cardos de los que llevan por galardón el nombre de su casta, (1) volvió Simón á emprender su marcha, cuidando de no ser visto en la cercana hacienda, donde había ido á pedir el pan.

Simón volvió á su casa, desocupó y aseó un gallinero que estaba á espaldas de ella, y

(1) Borriquito.

después fué á sentarse al lado de su madre, á quien dijo con su boca de risa:

—Madre: esta noche tenemos huésped.

—¿Nosotros? — exclamó sorprendida la anciana. — ¿Y quién puede ser ese huésped? Será un amigo tuyo de los más estimados.

—¡No, señora; no es amigo, ni lo permita Dios! Es un faccioso, madre, y de los de mala calidad; le andan siguiendo la pista de cerca, y si le pillan lo despachan en un tris y sin confesión, lo que es un dolor.

—¡Ay, hijo, sea por Dios! ¡Si lo descubren te van á armar una, de la que sabe Dios cómo saldrás! Cuando menos, se irá cuanto tienes entre costas y dádivas, entre músicos y danzantes.

—Verdad es, madre; y bien se me ha prevenido. Pero, señora, cuando me le hallé, estaba muerto de *jambre, esfallecio y es-atentao*: me dijo que no tenía amparo; me cogió la blanda; ¿qué había de hacer? ¡Anda con Dios! ¡ha sido un mal encuentro! Pero si de algo me he de arrepentir, más vale que sea de haber dicho á un desamparado que sí, que no de haberle vuelto la espalda sin gastar projimidad como Dios manda.

—¡Verdad, hijo, verdad! Haz bien y no mires á quién —dijo la buena anciana.

Al toque de ánimas Simón salió de su casa.

Al notarlo, un joven se escondió detrás de un naranjo; y al salir del huerto Simón, un hombre se ocultó tras de una esquina. Pero él nada observó.

El muchacho era Julián, á quien atraían el clavel y la niña; el hombre era el Alcalde, que había notado la escapatoria de su hijo y le acechaba.

—¿Qué se le ofrecerá á estas horas al padre de Agueda? ¿Si habrá alguien malo? —pensó Julián.

—¿Dónde demonios va Simón Verde tan tarde? A nada bueno será —pensó el Alcalde.

Entretanto Simón había subido hasta la iglesia y el palacio, que solitarios y silenciosos parecían mayores y más majestuosos á la triste y grave luz de la luna; pasó ante la puerta de la iglesia, y se quitó el sombrero pensando:

—¡Esta puerta tampoco se cierra á ninguno que llama á ella!

Llegó al sitio que había indicado al forastero, al que halló aguardándole.

—Ea —le dijo,— véngase usted como la sogá tras el caldero. No me pierda de vista, ni tampoco se me acerque; que á seguro lo llevan preso.

—En usted confío —dijo en honda voz el perseguido.— Mire usted que á usted me entrego y sin recelo; ¿hago bien?

—Pues, ¡hombre de Dios! ¡tendría que ver que viniese cargado de esteras! Oiga usted, señor, ¿tengo yo cara de traidor? Si no fuera mirando que la *jindama* que trae le perturba el juicio, perdiámos las amistades. ¡Por vida de la Virgen del Lagar! ¡Ya se deja ver que no conoce usted á Simón Verde! Ea, ande usted, y deje los malos pensamientos fuera de la casa mía, en la que no tienen cabida.

Simón se volvió á su casa, á la que poco después llegó el forastero.

—¿Quién será? —pensó Julián— me ha parecido el hijo del capataz de Porcuna.

Después de un rato de reflexión, murmuró:

—¡Qué! todavía es Águeda muy niña para que piensen en casarla.

—¡Yo no conozco á ese hombre! ¡Aquí hay gato encerrado! —pensó el Alcalde.

Simón llevó á su huésped á la guarida que le había preparado, se alejó y poco después volvió con un pan, un chorizo, unas naranjas y una alcarraza de agua.

—Ahora —le dijo— va usted á estar aquí metido sin decir esta boca es mía. Puede usted descansar, que estoy para mí que lo necesita, y dormir el sueño de San Juan, que duró tres días.

—Puede que alguna vez se lo pueda yo retribuir — contestó el otro, —y si llegamos á vencer, como hubiera sucedido en la sierra si hubiese muchos de mi *calidá*...

—Déjese usted de bocas de la Isla (1) —dijo Simón Verde, interrumpiendo á su huésped.— Yo no quiero retribuciones, compadre; lo que quiero es sacar á usted del atajo, y después... ¡salud! Pobre soy; pero en mi vida de Dios he hecho nada por el interés.

—¿Usted es pobre? —preguntó el forastero— pues me pensé que estaba usted bien acomodado y que *tenía peso*. (2)

—Pues amigo, se engañó usted; no tengo más que esta huerta. Un pegujar tenía, en el que había metido todo mi calor, y ayer me tentó el diablo de venderlo; me metí en trato con el Alcalde, que es la sanguijuela del pueblo, y me lo sacó en indinos tres mil reales, que es todo mi caudal. ¡Vamos! ¡si esto ha sido una animalada de las enormes! Pero ha de saber usted que cualesquiera me lleva de calle; esta falta la he tenido desde que nací, y la he de tener mientras viva; que lo que entra con el capillo sale con la mortaja. Pero, en fin, no me amilano, que rico es quien nada

(1) Fanfarronadas.

(2) Dinero.

desea; y yo tengo, si no dineros, una madre que vale un Perú, y una hija que vale un Imperio.

Mientras tenía lugar esta conversación, Águeda, como una niña y curiosa, se había venido acercando de puntillas al gallinero, había aplicado sus ojos á una rendija y examinado al forastero; después de lo cual, temiendo que saliese su padre, se había encaminado, como vino, hacia la casa.

De repente hizo una exclamación de sorpresa y asombro, al ver salir un bulto de detrás de un naranjo.

—Calla, Águeda, que soy yo—dijo una voz queda y conocida.

—¡Jesús! ¡qué susto me has dado, Julián!—dijo Águeda.— Y tú ¿qué haces aquí?

—Vengo por el clavel.

—¡El clavel! El clavel está mejor en mi cabeza que en tus manos.

—No digo que no, si es amigo de lucir; mas no así si prefiere ser estimado. Pero... ante todas cosas, ¿de dónde venías tú?

—Cuchareta, donde no te llamen, no te metas.

—¿A que venías porque sabías que estaba yo aquí?

—Ni que lo pienses; venía del gallinero aquel; y lo sabes.

—¿Y á qué fuistes allí?

—A ver á un hombre que en él tiene metido mi padre.

—¡Un hombre! ¿Os toca algo?

—No me toca nada, ni lo permita Dios.

—¿Es mozo?

—¡Qué! Es más viejo que el paño azul.

—¿Es bien parecido?

—¡Es un real mozo! Tiene los ojos como perro acosado; las narices como una libra de filete; la boca como una morcilla, y la color como si lo hubiesen *teñío* con chocolate.

—¿Quién será?

—Algún gitano que le viene á comprar á padre la marrana.

—Eso será. ¿Me das el clavel?

—¡No eres tú porfiado en gracia de Dios!

¿No ves, cabezón, que no lo traigo puesto?

—¿Me lo darás mañana?

—Lo mismo que hoy. Pero vete, que ahí viene mi padre.

—Me iré si me prometes dármelo mañana

—dijo el muchacho cogiendo por el vestido á Agueda, que quería alejarse.

—¡Que no! y en diciendo yo que no, como si lo dijese el Rey. Suelta, *guasón* (1), que viene padre.

(1) Fastidioso, pesado.

—¿Me darás el clavel mañana?

—No.

—Pues ¿cuándo?

Simón Verde se acercaba.

—El día de la Ascensión—dijo con angustia la niña, deslizándose silenciosa entre los árboles como una mariposa.

—¿El día de la Ascensión, eh?—dijo de repente Simón Verde, á cuyos oídos llegó esta palabra—. Ya veo que el día de la Ascensión cuajan la almendra y el piñón. ¡Por vida de los mozos y mozas tempraneros! ¿A qué venías aquí, di, Julián de mis pecados?

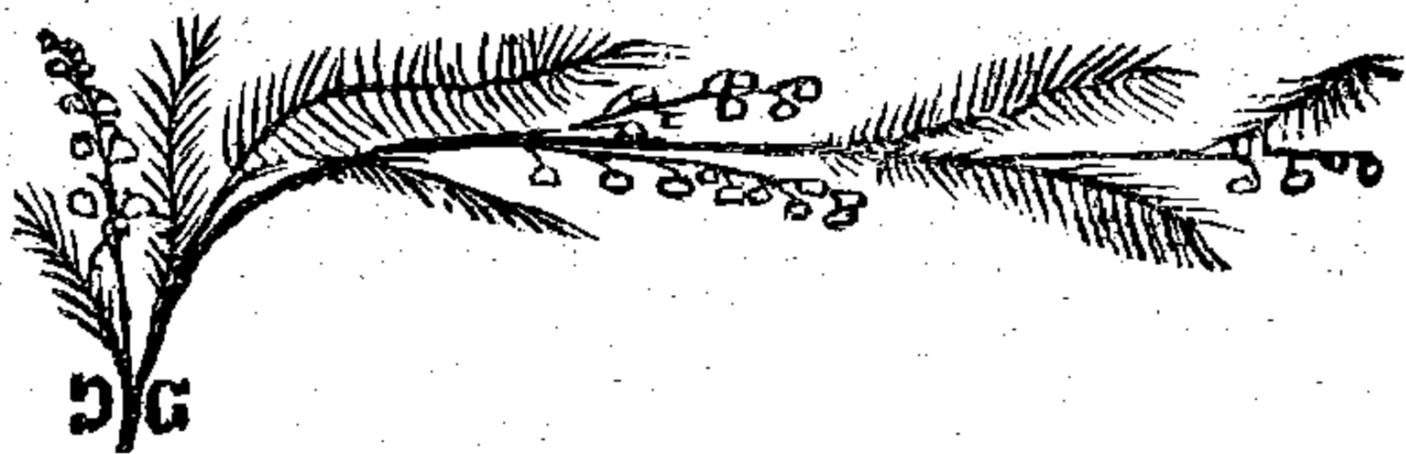
—Tío Simón... venía... venía á decirle si me quería traer mañana de Sevilla...

—¿El qué, acabarás?

—Un... un... un almanaque.

—¿Para que no te se pase el día de la Ascensión? Lo que voy á traer de Sevilla es un candado para mi puerta, ¿estás? Pues tu padre tiene los humos muy altos, te tiene á ti por esas cumbres, y no ha de consentir en ese noviajo. Y como mi hija no ha de llevar un feo de nadie, le cojo á tu padre la delantera. Y así, Julián, aunque te estimo, te digo que pongas los pies en la del Rey, y que en tu vida de Dios aportes por acá. Ea, hijo, coge dos de luz, y cuatro de traspón.





CAPÍTULO IV

L día siguiente fué Simón Verde con su carga de aceitunas á Sevilla, las vendió bien, y resignado ya con la mala venta de su pegujar, llegó como siempre á su casa, contento y cantando; mas no pudo entrar en ella, porque á la puerta fué preso.

El pobre hombre se quedó consternado.

—¡Ahora sí—pensó—que la hice buena, y que me cayó la lotería! ¡De esta hecha cogen al faccioso, y soy perdido! ¡Hija mía! ¡Madre mía! ¡No siento más sino las lágrimas que van á llorar!

—Simón—dijo el Alcalde cuando éste estuvo en su presencia:— aquí ha venido una requisitoria requiriendo á un latro-faccioso que se dice vaga por estas comarcas; anoche escondiste á un hombre en tu casa: di quién era.

—Yo no he escondido á nadie en mi casa—repuso Simón, que decía la verdad.

—Mira —dijo el Alcalde— que se va á registrar la casa, y que si persistes en negar y se encuentra, serás acusado de embustero, encubridor y cómplice.

Simón volvió con desaliento los ojos á su alrededor sin acertar qué responder, cuando se halló con los de Julián sonriéndole como para tranquilizarle: el que en seguida salió sin ser observado de nadie.

Simón, que conocía los nobles sentimientos de Julián, acertó que el intento que llevaba era salvarle, avisando en su casa que iba á ser registrada, dando tiempo á que hubiese el reo. Así fué que consideró que lo que convenía era ganar tiempo, y serenándose en seguida, dijo al Alcalde:

—Señor, yo estoy *turulato*. Porque ha de saber su mercé que es la primera vez en mi vida que me he visto en manos de la Justicia. ¿Le han preso á su mercé alguna vez, señó Alcalde?

—¿Qué significa esa pregunta, Simón? —respondió encolerizado el Alcalde; — ¡pues qué! ¿te parece á ti que un hombre como yo puede dar lugar á que se le prenda?

—¡Señor: no se perturbe su mercé! que en los tiempos que corren más de cuatro que van diciendo por la calle *yo soy, yo soy*, han dormido en casa de muchas ventanas. Podría

su mercé haber sido puesto á la sombra por equivocación, como lo está un servidor de su mercé.

—Simón —dijo incomodado el Alcalde:— déjate de zumbas, que pegan aquí como un fandango en un entierro; y vengamos al caso. Un hombre entró anoche en tu casa; no lo podrás negar.

—No entró anoche más hombre en mi casa que yo, señó Alcalde.

—No niegues —dijo el Alcalde exasperado por las reiteradas negativas de Simón,— que yo le vi.

—¿Con que su mercé es el testigo? —dijo Simón con una amarga sonrisa;— pues no niego, señor, que entrase uno en mi huerta; ese hombre, señó Alcalde, era su hijo de usted, al que dije que se pusiera en la del Rey, se viniera á su casa, pidiese la bendición y se metiese entre palomas.

Por más que hicieron los presentes, no pudieron retener un murmullo de risa, que acabó de exasperar al Alcalde, humillando su vanidad estas palabras de Simón, del que resolvió vengarse. Así fué, que dijo con soberbia:

—El cuidado será mío de que el cabriola de mi hijo no aporte por tu casa, la que ahora mismo se va á registrar.

—Lo que siento —dijo Simón, que á medida que pasaba tiempo se había tranquilizado— es que no haya sabido mi madre que nos iba su mercé á honrar, señó Alcalde, para que hubiese estado la casa deshollinada, *aljofifada y espergurada*.

El Alcalde se levantó lleno de rabia y de coraje, y seguido del escribano y de un mozo, se encaminó con Simón á su casa. Todo cuanto había dicho el jovial Simón Verde con la sola intención de ganar tiempo y de darle al asunto poca importancia, no fué interpretado así por el Alcalde, que pensó ver en ello socarronería é intención de desafiarle; por lo cual, este hombre de mal carácter, estaba enconado con Simón. Lo estaba, además, por haber descubierto la noche antes que su hijo rondaba á la hija de aquél, por lo que, á pesar de su prosopopeya, le había calmado su preso en el interrogatorio, y porque había sabido por su director y confidente, el perverso escribano, que todo el pueblo, que quería mucho á Simón, había puesto los gritos en el cielo con la compra que había hecho el rico pelantrín al pobre pegujalero, de su sembrado.

Demás está decir que Julián había avisado á la madre de Simón Verde, la que al ir á dar aviso al forastero halló que, como si hu-

biese tenido un presentimiento de lo que ocurría, había huído. Así fué que por más que registraron la casa y sus dependencias, no hallaron ni rastro de lo que buscaban. El Alcalde estaba exasperado á lo sumo, porque, constándole que Simón había escondido un hombre, y no hallándole, su visita domiciliaria iba á pasar á los ojos de todos por una despótica arbitrariedad.

—Yo he visto entrar anoche aquí á un hombre; no se halla; lo que sólo prueba que se ha marchado, y hasta que esto no se aclare, quedas preso, Simón Verde — dijo el Alcalde.

—¡Señor: por Dios!—repuso consternado el pobre hombre;— ¿y quién me gana el pan mañana? ¿Quién lleva á vender una carga de hortaliza que ya está cogida?

La madre se echó á llorar, y todos los que estaban presentes intercedieron por Simón.

—Si ha de quedar libre—dijo el Alcalde— ha de ser poniendo un fiador, ó dando al menos fianza en dinero hasta que yo dé parte.

—Por eso no ha de quedar—repuso Simón Verde.— Madre: saque usted los tres mil reales que tiene en el arca, y déselos al señor.

La madre se levantó presurosa, abrió el arca y dió un grito. El dinero había desaparecido.

—Madre—preguntó Simón Verde:—¿qué es eso, que se ha quedado usted yerta?

—¡Hijo—exclamó desconsolada la anciana:—nos han robado!

Esta desgracia era demasiado cruel é imprevista, y Simón y su madre eran demasiado ingenuos para poder disimular ni su existencia ni su indudable origen.

—¡No puede haber sido sino ese hombre!—exclamó en desatentado arrebató de dolor la anciana.

—¡Borríco de mí!—añadió Simón Verde dándose con los puños en la cabeza—que le dije que ese dinero tenía. ¡Loca es la oveja que al lobo confiesa!

—Con que, por lo visto, ¿has tenido un forastero en tu casa?—preguntó en sus glorias el Alcalde.

—Mal que me pese, sí señor—respondió Simón;—me hallé á ese infeliz...—á esa serpiente, que así es preciso decirle—muerto de hambre, y en un tris de recibir cuatro tiros; me adolecí de él, sí señor; le di de comer, sí señor; le amparé y escondí, sí señor. ¡Esto—mas que su mercé diga que no—es una obra buena, sí señor! ¡Y cate uste el pago que me ha dado! Esto es ser un mal alma, sí señor.

—¿Y tú le conocías?

—¡Yo, no! No sabía de él ni hoja ni rama.

—¿Pero sabías que era latro-faccioso?

—De sobra que sabía que había delinquido, pues los cuatro tiros que tenía prevenidos, por rezar el Rosario no serían.

—¿Pero sabías que era faccioso?

—¡Otra! ¿qué más da?

—Mucho; porque puede haber connivencia, ramificaciones... y así es mi deber...

—¿Qué *convenencia* había de haber para mí en eso, me querrá usted decir?

—Digo *connivencia*; que es entenderse con la facción, darle apoyo, prestarle protección...

—Yo no he dado nada de eso, señor; tan bien lo sabe su mercé como yo. Di amparo á un desamparado; en pago me ha robado. Si ahora me va su mercé á hacer un cargo, será agua hirviendo sobre la quemadura.

—Tengo que cumplir con mi deber—dijo pomposamente el Alcalde;—si no lo hiciese, me podrían envolver y meter también en el ajo.

—Señor, ¡por Dios!—dijo con angustia el pobre Simón:—¿se va su merced á encarnizar conmigo, á perderme y á hundir á un amigo?

—Al amigo se le acompaña hasta la puerta del infierno, y allí se le deja—respondió el Alcalde.

Triste sería seguir paso á paso la causa que se le formó al pobre Simón Verde, y las picardías que hicieron escribas y fariseos para sacarle dinero hasta dejarle arruinado. ¡Cuántos de estos ocultos y misteriosos embrollos—de que son víctimas de un modo ú otro los pobres—se ven en los pueblos del campo! Vese la justicia ahogada en una multitud de procedimientos, envuelta la inocencia, sujeto el derecho en las redes de hierro de enredos y trapazas, necesitando la verdad y la equidad para hacerse luz tal cantidad de pruebas, diligencias y costas, que desmayan los interesados, como las moscas en las redes de las arañas, y los que desearan protegerlos, se ven con las manos atadas. De todo esto ha hablado la prensa libre; sobre todo ha derramado unas veces su injusta hiel y otras su justa indignación, y sólo han hallado favor ante ella los escribanos, secretarios de los Ayuntamientos de los lugares, los que—con algunas honrosas excepciones—suelen ser los más malos, los más venales, los más tiranos y los más opresores de los hombres. Todo poder ha sido contrarrestado, disputado y combatido en nuestra época, menos el de estos déspotas de los pueblos, que acaso son los que mandan y afligen más, y con menos remedio.

Agotados todos los recursos de Simón, apremiado por sus acreedores y perseguido por las costas que le exigieron para echar tierra por cima de aquella gravísima causa, se vió obligado á vender su huerta en subasta, la que, ahuyentados previamente los opositores, adquirió el Alcalde en la tercera parte de su valor. Y no alcanzando su importe á sufragar todas las costas, fué igualmente vendida la sola propiedad que ya poseía Simón: ¡la burra, su buena y anciana compañera! No es posible pintar el dolor que partió el corazón del excelente hombre cuando, habiendo caído el pobre animal en poder del Escribano, la vió sacar de la cuadra en que había pasado las horas de descanso de toda su vida, y arreada bárbaramente por los hijos de su nuevo dueño, encogerse al dolor de los varazos que le asentaban, y alejarse volviendo la cara como buscando á su amo. Águeda lloraba amargamente, y Simón se alejó para hacer otro tanto sin ser visto.

¿Es creíble que existan personas que viven largos años, teniendo en su posesión un animal de cuyos servicios se valen, cuyo cariño cautivan y cuya presencia bajo sus techos se hace una costumbre, y, no obstante, no le tomen apego, no les inspire un sentimiento

de amor, ni de benevolencia, ni aun de lástima? No es creíble, no. ¡Y, no obstante, es una de aquellas verdades amargas y desconsoladoras que la evidencia inculca puñal en mano!

Hubiera partido el corazón del más indiferente el ver salir de la huerta á la desolada anciana.

—No se apure usted, madre —le decía Simón, reprimiendo su dolor por no agravar el de la buena anciana. — Matías, á quien *empresté* para techar su casa y que nunca me ha podigo pagar, me ha dicho que en su casa hay una vivienda para nosotros, mientras la casa sea casa. Con que ya ve usted que no estamos ni en la calle ni sin amigos.

—¡Ay, Dios de mi alma! —exclamaba la pobre desposeída;— ¡la huerta que hace tantos años venís heredando de padres á hijos, como si fuese un mayorazgo! ¡La huerta en que habéis nacido todos! ¡La huerta en que murió tu padre como un santo! ¡La huerta, al pie de cuyos naranjos me sentaba, y nos consolábamos de ser los solos en sobrevivir á cuanto nos rodeó en otros tiempos! ¡Ellos, con cubrirse de azahares como de canas; yo, con rodearme de nietos como de flores! ¡La huerta, cuyo emparrado hacía tan dulces los días de verano con su sombra, tan gratas las

noches de invierno con la alegre brasa de sus sarmientos! ¿Quién regará las flores que yo sembré? ¿Quién dará de comer á aquellos pajaritos que á mi voz acudían sin recelo?

—Señora, no se aflija usted; que nos llevamos lo mejor, que es la buena conciencia la que, dondequiera que vayamos, nos prepara un lecho de plumas. A los que es preciso compadecer es á aquellos que en mullidos lechos no hallan descanso, que son los que obran malamente.

Simón añadía mentalmente:

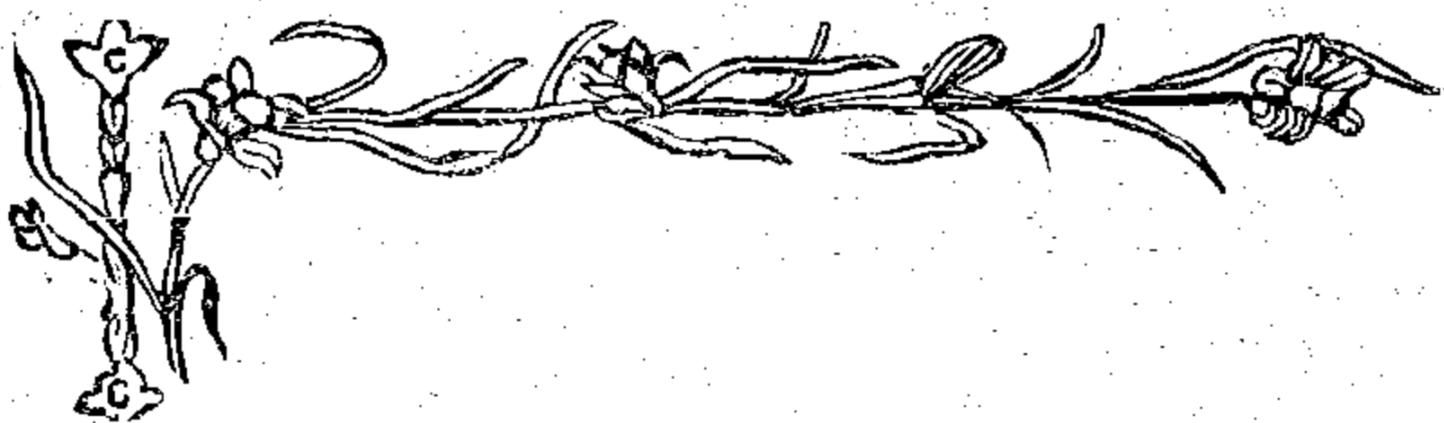
—¡Condenado ladrón! ¡La culebra que por *mor* suyo se nos ha liado! ¡Y ese Alcalde, más malo que el siglo, sacando astillas del palo caído! ¡Tan honrado Juan como Pedro!... ¡Dios les ayude!

—¡Señora! —proseguía en voz alta al ver llorar á su madre— Dios no le falta á nadie. Usted, que es tan dada á las cosas de Dios, hágase cargo de la gloria tan hermosa que estará gozando Job, y los tormentos que estará sufriendo el rico avariento.

—Los mismos has de pasar tú —proseguía Simón para sí,— Alcalde de malas entrañas, á quien no han podido mover á compasión estas santas canas, á las que hacen su venera todos los del lugar, grandes y chicos.

—¡Madre! —exclamaba al ver que la aflicción de la buena anciana no cedía:—no llore usted, por María Santísima..., ¡que me está usted partiendo el alma! No parece sino que se le acabó á usted el mundo. ¿No me tiene usted á mí, que soy su báculo? ¿No tiene usted á la niña, que es su alegría? ¿Dónde irá usted que no le gane yo su pan, y á qué parte que ella no le siembre flores? ¿Dónde, que no la cuide yo, y ella le cante? ¿Dónde iremos que no venga Dios con nosotros?





CAPÍTULO V

ALGUNOS años habían pasado. La familia de que nos hemos ocupado, como el árbol que se trasplanta, había sufrido, se había ajado. Pero con el gran consolador humano, el tiempo, y su suave hija, la costumbre, el árbol había tomado la tierra, y regado por el sudor del trabajo, había reverdecido y aun echado flores; esto es, que en aquella casa había contento. Contribuía á esto el que Nicolás, el carretero, habiendo tenido una herencia, se apresuró á pagar al pobre Simón Verde el buey difunto. Ese dinero sirvió á Simón para recuperar á *Papalina*, pagando al escribano doble de lo que había dado por ella.

—¡Cómo ha de ser! de *tienes á quieres* un tercio pierdes—pensaba Simón.

Con esto se halló en estado de continuar su anterior manera de ganarse el sustento. La alegría de hallarse de nuevo al lado de su antiguo amo la demostró *Papalina* de un

modo muy recio y sincero, aunque poco melodioso. La tía Ana regaba sus macetas, daba de comer á los pájaros, hilaba y rezaba; Agueda se engalanaba con claveles, y cantaba:

Hermanitos terceros
son los claveles.
Un clavel fué la causa
de yo quererte.

Cantaba así, porque sus amores con Julián, nacidos bajo el auspicio de un clavel, habían crecido recíprocamente á la sombra del misterio, como crece pura y resplandeciente la luna en la obscuridad y silencio de la noche. Motivaba este misterio, además del instintivo pudor del amor, la convicción que tenían ambos de que sus padres, el uno por innata dignidad, el otro—que quería casar á Julián con la hija de un rico labrador de la Puebla—por codicia, no los hubiesen jamás consentido. Había más; y era que el Alcalde conservaba hacia Simón Verde el rencor que aquel que se porta mal siente contra aquel con quien lo ha hecho; rencor mil veces más amargo é inextinguible que lo es el del ofendido. Y la prueba es que Simón Verde, con su hermoso corazón, no conservaba ninguno contra su perseguidor.

La buena abuela sí sabía estos ocultos amores, y solía decir á su nieta:

— Agueda, hija: ¿en qué estáis pensando?

— En querernos, mae Ana — contestaba Agueda.

— Si eso no lleva camino, hija: ¿no se os previene el día de mañana?

— No pensamos más que en el de hoy, madrequita.

— ¡Ya se deja ver! Los pocos años no tienen sentido. ¿No ves, criatura, que te estás previniendo más lágrimas que perlas tiene la mar?

— Si de todos modos las he de verter, mientras más tarde mejor, abuelita.

— ¡En fin, sea lo que Dios quiera! — decía suspirando la buena anciana.

— ¡Eso, eso, eso ha de ser! y no lo que quiera el Alcalde. Para bien gozar, mucho esperar, abuelita—contestaba Agueda.

Por aquel entonces los habitantes de Gelves abrieron los ojos y la boca inusitadamente, pues un día, cuando menos se pensaba, el vacío y solitario p^{al}acio dió señales de vida. Abriéronse balcones y ventanas, como ojos que se despiertan: la gran puerta se vió de par en par, como boca que bosteza. El aseó con su vestido blanco, immaculado é inodoro, se presentó á tomar posesión de

aquellas solas y abandonadas habitaciones. Precedíale un ejército de auxiliares; eran éstos la activa y ágil escoba, la que se fijaba sobre el suelo con intención de no dar cuartel á bicho viviente; el desmadejado y lánguido deshollinador, que miraba á las musarañas; los estropajos que sacaban porción de uñas amenazadoras; el jabón que miraba á los cubos de agua con el asombro con que mira el hombre á la sepultura que se le comerá; las aljofifas y paños de polvo, que abrían los brazos y se sacudían antes de empezar su tarea.

Al ver este ejército enemigo y sus evoluciones, las cucarachas ó *correderas* se desatentaron, perdieron la cabeza, y atrapadas por las escobas en sus locas carreras, hízose de esta raza una bárbara carnicería. Las arañas pusieron en movimiento acelerado sus largas patas, y huyeron llorosas y despavoridas de su tranquila Tebaida, echando una última y tierna mirada á las redes que tan bien habían confeccionado, sin guita ni mallero. Los murciélagos, horripilados al ver candiles y velones, se refugiaron á la torre de la iglesia, á pedir hospitalidad á la lechuza; ésta, que es misántropa, los recibió con muy poco agrado; los ratones se quitaron de ruidos, y el polvo que tomaba las ínfulas de secular, for-

zado á levantar sus reales, se echó desatinado en brazos de su enemigo el viento: viósele valsar airosamente en un rayo de sol, y lanzarse por una abierta ventana en el espacio.

—¿Qué le habrá dado al palacio, que así se sacude y se refresca?—decían las gentes del lugar;—¿si vendrá la Infanta?

Aquella tarde atracó á la orilla del río un bote que traía algún ajuar de casa, y en el que venían un caballero y una señora.

El caballero, que tenía como unos cuarenta años, era alto y corpulento: traía puesto un tremendo sombrero húngaro, un gabán de los más destartalados en hechura y de los más excéntricos de color. Tenía la mirada de Emperador romano; la pisada de conquistador germánico; traía un puro colosal entre unos bigotes análogos; hablaba recio, llamaba á todos *chicos*, y gastaba más bambolla que dinero, según pudo colegirse por la reñida cuestión que sostuvo con el barquero por un real.

La señora, á pesar de que se la conocía que estaba enferma por su color pálido y extremada delgadez, era viva, petulante, ruidosa y risueña. Tenía puesta una capota rosa, tan en extremo echada atrás que pare-

cía su paje; una manteleta verde-gay con profusión de flecos y borlas; un vestido de seda á cuadros, cada uno de su color, como hombres políticos; unas botas claras de color; pero todo, aunque nuevo, ajado como su ama. Traía un broche que deslumbraba, una pulsera que brillaba, un abanico que relumbraba y una perrita que ladraba.

En la venta estaban algunos vecinos y vecinas del pueblo, que con Joaquín *Mi niño*, presenciaban el desembarque; los que se quedaron absortos al ver aquel lujo estrambótico, exótico, inusitado y visual.

—¿No te lo dije que había de venir la Infanta? Esa es—decía la necia de la madre de Joaquín *Mi niño*.

—¡Qué había de ser esa, que lleva la gorra á *móo* de redecilla!—replicó un hombre.—Su Alteza no lleva más que mantilla, como una *resaláa* española que es.

—¡Bendita sea su alma!—exclamaron las mujeres.

—Han de saber ustedes que no tiene Su Alteza más que cuatro pensamientos—dijo el hombre.

—¿Cuatro? ¡Ay Jesús!—exclamó la ventera madre.

—*Contáos*; ni uno más, ni uno menos.

—Oye, ¿y sabes tú cuales son, José?

—¡Qué ha de saber ese cuaco (1) los pensamientos de la Infanta!—opinó *Mi niño* en voz de bajo.

—Pues lo sé, *Mi niño*, y lo sabe *toa* España, *toa* Francia y *toa* Inglaterra; y el cuaco lo serás tú si no lo sabes.

—Pues dílos, ya que lo sabes—dijeron á una voz las mujeres al narrador.

—Son—respondió éste:—DIOS, SU MARIDO, SUS HIJITOS Y LOS PROBES. Y lo mejor que tenéis que hacer vosotras es seguir su ejemplo, ¿estáis?

—¿Y el Infante?

—Lo propio, por consiguiente; como que lo ha heredado de su madre que dicen es una Reina santa y *prefeuta*, como Santa Isabel, Reina de Hungría, y Santa Clotilde, Reina de Francia. Y esto es la pura verdad, y se debe decir á voces, para que suene por esos mundos.

—Pero, José, si no la conoces, ¿cómo sabes que no es ésa?—preguntó la hermana de *Mi niño*—que no quería perder la esperanza de que fuese la desembarcada la Infanta.

—Pues ¿no estás viendo, chiquilla, que no trae *conmitiva*?

(1) Ganso.

—¿Y qué es *conmitiva*, mae?—preguntó la muchacha.

—¿Qué se yo? será á moa de palio—contestó la ventera madre.

—¡Qué *espilfarro!*—dijo *Mi niño*;—son los coches.

Los señores desembarcados pasaron al palacio, en el que se instalaron, él arrellanándose en un sillón, ella asomándose uno después de otro á todos los balcones que tiene el palacio, cantando trozos de las óperas más modernas, y exclamando con acento italiano:

— *Bello, bellissimo.*

Es cierto que es difícil hallar una vista más bella que la que desde los balcones del palacio de Gelves se disfruta, uniéndose allí lo ameno y lo grandioso; lo bonito en el detalle, lo ancho y hermoso en la perspectiva. Al pie del palacio baja el terreno entre los árboles de las huertas, se detiene un momento en el prado para dar un pienso á los bueyes, y se hunde en el río para volver á salir en la orilla opuesta, engalanado con arbustos y mimbres, y distribuirse después en sembrados, naranjales y pastos, marcándose las lindes de éstos con frondosos vallados, que llevan penachos de árboles.

El río pasa tan señor y tan sereno por estas orillas, que se le creería inmóvil, si no

viniese alguna vez un vapor con su brusca prisa á turbar sus aguas y á empañar su brillo. La vista, como un sonido que se va debilitando, llega hasta los lejanos montes de Ronda, que se confundirían con las nubes, si nubes se hallasen en aquel cielo en la primavera. A la izquierda, á los pies de su Giralda, se ve á Sevilla sin oirla; lo que presta á su aspecto, ya tan grandioso, la solemnidad del silencio.

—No cantes, Fornarina—dijo el repantigado fumador;—que los médicos te lo han prohibido.

—¿Y tú haces caso de lo que dicen los médicos?—contestó con su marcado acento italiano la llamada Fornarina.

En cuanto al caballero, se denominaba á sí mismo el Coronel Titán. Pero los despachos de su grado nadie los había visto, ni aun en la Tesorería, pues, á la cuenta, tenía el desprendimiento de no cobrar pagas.

No hemos podido averiguar de qué medios se valieron estos ilustres huéspedes para haber obtenido que se les franquease el palacio, con preferencia, y en perjuicio de la otra polilla domiciliada en él. Mas esto no importa; y lo cierto es que los puros aires, y las afamadas aguas de Gelves sentaron bien á la Fornarina—si se ha de juzgar por el

aumento progresivo de sus florituras, de sus carcajadas y de sus gritos cuando reñía con el imponente Coronel Titán.

El pueblo de Andalucía tiene ciencia infusa para calificar los individuos, sobre todo si son de esfera elevada á la suya. A los pocos días de estar los huéspedes del palacio en Gelves, las mujeres torcían la boca y los hombres se reían.

—Quiéreme parecer—decía el uno—que son esos usías supuestos, ó cuando menos ingertos.

—El D. Orondo ese—añadió una mujer—que con los bigotes que lleva rompe las *tallas*, tiene una cara de hereje, que ni los sayones de la Pasión. Lo que es ella, parece la reina loca, y hecha de rabos de lagartijas; bien se deja ver que es una casquivana de las rematadas. No sé cómo Simón Verde consiente que esté metida allí á todas horas su hija.

—¡Toma! Para Simón Verde serán esas gentes de las mejores. Nunca se piensa sino lo bueno—dijo un hombre.

—Porque tiene el corazón más sano que la brisa—opinó una mujer.

—Verdad es—repuso el hombre.—Pero ahí verás tú como en este mundo *indino* es menester tener una poca de trastienda, y andar con pie de plomo y ala de palomo.

Efectivamente: con motivo de ser Simón Verde el ordinario de Sevilla, entraba diariamente en casa del Coronel Titán para traerle los comestibles que en el pueblo no se hallaban. Como allí no había ni plaza, ni carnicería, ni almacenes bien surtidos, solía decir el Coronel á Simón Verde:

—Como en tu pueblo nada hay sino el renglón de *no hay*, tráetelo todo, chico.

Estaba además encargado Simón de llevar y traer la sostenida correspondencia del Coronel con un joven desenvuelto, pronto, decidido, denominado el Capitán Bulle, que había estado en todas partes, que conocía á todo el mundo, que todo lo había visto, que se jactaba de ser adorador fogoso de las repúblicas, ardoroso de los naipes y frenético de las faldas, y que debía concluir por lucir su patriotismo uniéndose después á los piratas que atacaron nuestra isla de Cuba.

El trato bondadoso y jovial de Simón Verde había agradado á la Fornarina, que se complacía en entretenerse con él, hacerle preguntas é informarse de los pormenores de su existencia.

—Señor Simón —le dijo una noche cuando vino á recibir las comisiones para la mañana siguiente:— ¿cuánto gana usted al día?

—No tengo ganancia fija, señora. Pero un día con otro vendré á sacar sobre una peseta —contestó Simón.

—¿Una peseta nada más? —exclamó con su acento italiano y haciendo aspavientos la Fornarina.— ¡Oh! ¡¡¡Pobre señor Simón!!! ¡Oh existencia miserable! Usted vivirá desesperado, buen hombre.

—¡Yo! No, señora; que vivo muy contento, á Dios gracias.

—¡Con una peseta!!!

—Y nunca me falte.

—Pero no le puede dar á usted para vivir.

—¿Que no? ¡Vaya! Y para otras muchas cosas, señora.

—¡Oh! ¿Cuáles son? Estoy curiosa.

—Pues, señora: sepa su mercé que con una peseta mantengo mis obligaciones, pago una deuda, empresto á ganancias y echo en una alcancía.

—¡Oh! Usted se burla de mí.

—No, señora; y si no, atienda su mercé. Sostengo á mí y á mi casa, que son mis obligaciones; mantengo á mi madre, con lo que pago una deuda; empresto, pues crío á mi hija, que me lo pagará cuando sea yo viejo y no pueda trabajar, y echo en una alcancía, porque nunca le niego una limosna á un pobre,

más que sea un cacho del pan que estoy comiendo.

La Fornarina se quedó un momento pensativa, y dirigiéndose al Coronel le dijo:

—Ha dicho bien; sí, sí; ha dicho bien. ¡Y pensar que tantas pingües rentas se gastan sin hacer lo que con una peseta hace este buen hombre!

—Estás inspirada — respondió soltando una carcajada el gran Coronel. — Escribe una égloga, compón la música y cántala para solaz de los Fidos, Amintas y Melibeos. Pero déjame á mí de esas necias candideces.

—No eres un hombre, eres un cañón — repuso encolerizada la Fornarina.

—¡Y de á veinticuatro! — añadió Simón mentalmente.

El Coronel, á quien este denuesto, lejos de herir, lisonjeó, dijo con la sonrisa con que Júpiter en forma de toro favorecía á la Ninfa Europa:

—Vamos, diva Donna, sabes que todo en ti me hace gracia; el cayado de pastora como la corona de Reina. Eres tan graciosa para un fregado como para un barrido.

—Pues á mí nada en ti me la hace: ni tus cumplidos, que huelen á tabaco; ni tus bigotes, que huelen á almizcle — repuso la For-

narina; y dirigiéndose á Simón le preguntó:— con que ¿tenéis una hija?

—Sí, tengo; pero una hija como las flores del día; ¡una hija de la que no merezco ser padre! Si la viera su mercé diría lo mismo con dos bocas que tuviese.

—¡Oh! ¡Yo quiero verla!—exclamó la Fornarina con súbito entusiasmo.—¿Sabe coser?

—¡Vaya!—contestó Simón.—Sabe de todo; tiene unas manos que se debían engarzar en oro.

—Pues traédmela, señor Simón, traédmela, que deseo conocerla, y quiero darla costura. ¡Ah! todos mis vestidos se han desgarrado en este campo, que tiene muchas zarzas y espinos.

Simón Verde, á quien costaba un notable esfuerzo tener que decir que no, y que no vió ningún inconveniente en que su hija fuese allá, consintió en ello y trajo á Agueda, la que, desde luego agradó á la Fornarina, que le regaló el primer día un abanico muy rico de nácar, pero despalmado, y un hermoso zarcillo de oro privado de su hermano gemelo.

Había, pues, entrado una pequeña era de bonanza para Simón Verde, que se mostraba en sumo eficaz en el servicio del terrible Coronel Titán.

Pero á quien no agradaban estas nuevas relaciones era á Julián.

Una tarde en que se había ausentado el Alcalde, y en que, como de costumbre, estaba Simón en Sevilla, se hablaban los novios por una apartada reja del corral que daba al campo.

—Agueda —le decía Julián:— ¿á qué tienes tú que salir de tu casa, en la que estás arrecogida como moza recatada, é irte á la de esas gentes forasteras? Dígote que ella con sus perifollos y sus dijes, que parece que están jurando en falso, y él con su aire finchado y altanero, me parecen gente de historia. Y ten presente que dice el refrán que «para trato, los peores, los pretendidos señores».

—Voy —repuso Agueda,— porque me lo dijo mi padre, y que estoy ganando allí unos cuartos para echarle encima un *rocioncito* de ropa; ¡que bien lo necesita el pobrecito mío! ¡Y tuviera que ver, Julián, que fuese esto en contra del recato de la más pintada! —respondió ella.

—En ir me das un pesar, Agueda.

—Hombre, lo siento; pero ¿qué hago? ¿Qué disculpa le doy á mi padre para decirle que no quiero ir?

—Cuando quieren las mujeres sacan razones de los centros de la tierra.

—¿Con que... es decir, que por una manía tuya, se nos había de seguir un perjuicio muy grande? Déjame siquiera que junte para unos sajones para mi padre y un refajo para mi *mae* Ana.

—Cuando nos casemos no les faltarán.

—¡Tómate ésa, y vuelve por otra! De aquí allá, pampanitos habrá; esas no son más que entretenederas, Julián; entonces como entonces, y ahora como ahora. No es regular que después de los perjuicios que nos ha hecho tu padre vengas tú á hacernos uno más, empestillándote en no dejarme ir al palacio.

Julián calló, dolorosamente afectado, al oír evocar á Agueda el recuerdo de la conducta de su padre hacia Simón Verde.

—Agueda—dijo:—día vendrá...

—Bien, dejémoslo venir sin atropellarlo.

—¿Y me querrás siempre, Agueda?

—Julián, esa pregunta ofende.

—¿Por qué?

—Porque demuestra que dudas de mí.

—Mientras más amor, más temores, Agueda.

—Mientras más aprecio, más confianza, Julián.

El Alcalde, más por curiosidad que por otra cosa, había ido á ver al importante Co-

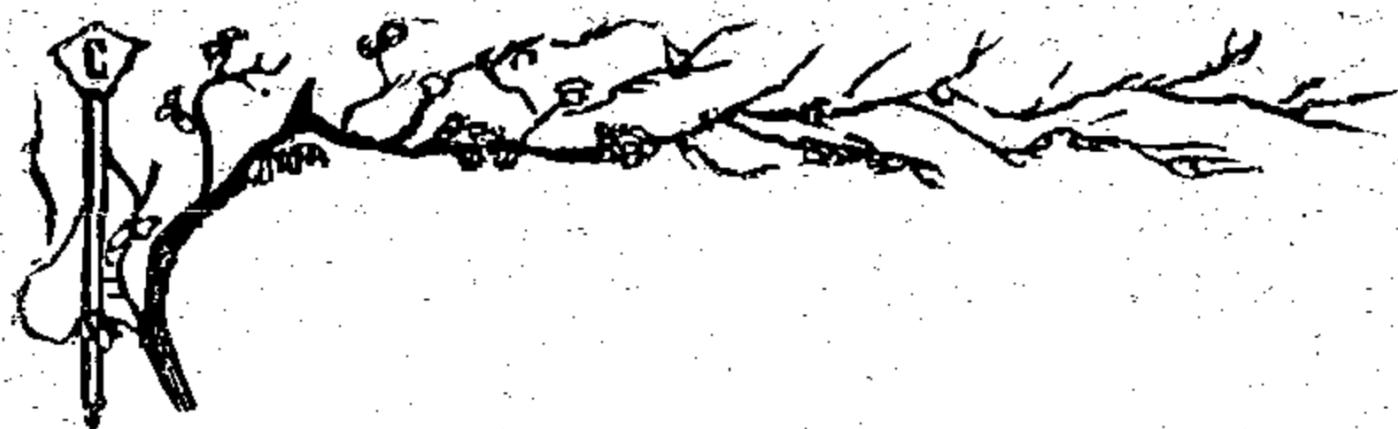
ronel Titán. Pero este personaje, que era primo de siete Marquesas, tío de cinco Condesas é íntimo de tres Duquesas, no se había dignado devolver la visita de un Alcalde de monterilla. Por lo cual esta autoridad ofendida abrigaba un profundo resentimiento contra el soplado señorón que la desairaba, y se propuso espiar sus pasos. Cada vez que el vigilante Argos veía llegar, no por el camino trillado, sino por medio de los olivares, un nuevo visitante de facha heterogénea, se decía:

—Esta gente no es de la cotidiana; todos son á cual más descuadernados, destartalados y desmartelados. Algo traen entre manos, y á mí no me la pegan: los tengo atravesados, como espina en boca de gato. No han querido entender por buena madre, entenderán por mala madrastra. Vamos, pues, atando puntas con cabos.

La espina más atravesada que tenía este gato era el Capitán Bulle, con el que siempre se hacía encontradizo; pero que pasaba sin saludarle, y con aire impertinente, porque sentía la misma hostilidad que él inspiraba, hacía el Alcalde importuno y fiscalizador. Así era que solía cantar cuando le encontraba, esta letra arreglada por él á las circunstancias:

¡Viva la Milicia
Y el aire marcial!
Alcaldes y curas
Están ya de más.

No era sólo el Coronel, ese gran Preste de la orden á que pertenecía el Capitán Bulle, quien atraía á éste con tanta frecuencia á Gelves; era Agueda, de la que se había prendado con su consabido frenesí amoroso. Es cierto que, aun otras naturalezas menos combustibles que la suya, habrían ardido en las llamas del revolucionario Cupido, al ver á la linda joven que, callada y modesta, cosía sentada junto la ventana de la antesala, con su rosado semblante, remangado el pelo de su pequeña frente, que sólo adornaban dos diminutos rizos pegados á la sien, y un clavel encarnado en su hermosa cabellera. Pero, como algunos cumplidos, hechos con muy poca ceremonia, recibieron la callada por respuesta; como á la primera manifestación de su atrevido pensamiento, Agueda se levantó con intención de irse, y sólo pudo retenerla la seguridad que recibió de que no se le volvería á importunar, el Capitán seguía mirando sin ser mirado, y suspirando, sin ser escuchado.



CAPITULO VI

ERA aquella en que pasa esta sencilla historia, una de esas épocas de amagos revolucionarios, bien denominados *intentonas*, que rodaron como truenos sordos entre nubes, lanzando, ya aquí, ya allí, tal cual exhalación, hasta que un hombre de energía y de prestigio las desterró de un suelo al que son antipáticas. En tales épocas suelen surgir, terriblemente envalentonados, unos fierabrases de la catadura del denominado Coronel Titán, afiliados y sostenidos por la propaganda cosmopolita, que ningún partido reconoce ni autoriza, pero que, á pesar de eso, se denominan miembros influyentes en el que han abrazado. Inflados de orgullo, su programa regenerador es despreciar toda religión, destruir toda creencia, odiar todo poder, desdeñar toda superioridad y sacudir todo freno; con lo que se conseguiría llevar su *regenerada* humanidad, en línea recta, al estado salvaje.

Un día se esparció la noticia de que había sido descubierta en Sevilla la trama de una *intentona*, y que, á consecuencia de esto, se habían hecho algunas prisiones. El Alcalde se puso en observación, y vió llegar al Capitán Bulle: traía aire azorado, y no cantaba. El Alcalde ató otra punta con otro cabo.

A las Animas, estando Simón Verde tomando su gazpacho, recibió un recado del Coronel para que se llegase allá.

—No vayas —le dijo su madre;— nada bueno han de querer esas gentes de ti á estas horas.

—¡Qué, madre!—contestó Simón Verde;— será que algún encargo para Sevilla se les habrá pasado y quieren hacérmelo.

Simón fué al palacio y halló al gran Titán paseándose agitado por el espacioso salón, y al Capitán Bulle, muy abatido, echado sobre una silla.

—Simón —dijo el primero dejando el tuteo republicano para mejor ocasión:— es usted patriota honrado y ciudadano de honor.

—Señor, soy un lugareño--contestó Simón.

—Es sinónimo: respeto á usted como á tal.

Simón oyó asombrado aquella profesión de respeto en boca de un hombre que le había tratado hasta entonces con la más impertinente altanería.

—Creo —prosiguió el Titán— que puedo sin riesgo confiarle una misión honorífica y lucrativa.

—Señor —repuso Simón Verde, que empezó á sospecharse algo en que le quería comprometer:— yo no entiendo de más misiones que de las de los Padres Capuchinos.

El Titán dió una fuerte patada en el suelo, murmurando entre dientes:

—¡Hipócritas, ladinos, camastrones!

Y prosiguió en voz recia:

—Es preciso que oculte usted al señor—y señaló al Capitán,—que es una gloriosa víctima del despotismo que nos esclaviza. Aquí tiene usted estas onzas —añadió poniendo unas cuantas sobre la mesa á vista de Simón,— salvado que sea el señor, recibirá otro tanto.

Simón Verde, sin mirar las onzas, se rascó la oreja.

—¿Titubea usted? —exclamó el Coronel Titán con énfasis.— ¡Pues qué! ¿el noble patriotismo, la humanidad oprimida, la santa libertad, hollada en la persona del señor, nada pueden contra una miserable pusilanimidad?

Simón Verde meneó la cabeza y dijo á su interlocutor:

—Ha de saber su mercé que en otra ocasión escondí á uno que hablaba del bien de la

Patria y de otras cosas buenas, como lo está haciendo su mercé ahora, y luego salimos... en fin, señor, la torta me costó un pan; y dice el refrán: «que por la puerta del perro que te mordió, no pases más, por Dios.»

—No ofenda usted con comparaciones al señor, que es un hombre decidido por la gran causa de la humanidad ultrajada; valiente y arrojado, lo mismo al empuñar la espada que al pronunciar un discurso.

—Déjese de *discursos*, mi amo; que lo que necesita la *humanidad* son sermones.

—¡Oh, superstición! ¡Oh, fanatismo! ¡Pobre España! —murmuró el Coronel Titán, añadiendo en voz recia:

—Considere usted que es el señor un mártir de la libertad, un defensor de los derechos del pueblo, y que el pueblo es el que debe...

—Déjese de términos curruscantes, señor, que no los comprendo, y lo que no comprendo, no me convence. No entiendo de grajas peladas; y lo que sé es que está el señor fuera de la ley, como lo estaba aquél, y que yo no me meto en fanganinas.

Simón dió unos pasos para salir. Pero en este momento se precipitó la Fornarina en el salón, la que con los cabellos sueltos, y hecha un mar de lágrimas, se echó de la manera más trágica á los pies de Simón. Este,

que no había visto más expresión de un dolor violento que las tristes y suaves lágrimas de su madre al ser expulsada de su hogar, empezó por asustarse de aquel estrépito teatral, y acabó por inmutarse profundamente.

—¡No quiere usted salvar á un héroe perseguido por bárbaros esbirros! —exclamaba con voz convulsa; y así prosiguió por largo rato hasta que, agotado el tema, concluyó con unos cuantos ¡oh! ¡ah! y murmurando:

—¡Buen Simón, compadézcase!

La Rachel en cierne cayó desmayada.

El excelente hombre á quien se dirigía, entre asustado, enternecido, asombrado y confuso, prometió cuanto de él exigieron. Pero, escarmentado, tomó sus precauciones. Hizo que el Capitán Bulle se disfrazase de mujer, saliese de la casa por una ventana del corral, y entrase en la suya por la puerta falsa, escondiéndole en seguida en un sobrado, al que se llegaba por una escalera de mano, la que, subido que hubo el fugitivo, retiró en seguida Simón.

Simón ni recogió ni se volvió á acordar de las onzas. Regateaba hasta el último maravedí las naranjas que vendía; pero á las obras de caridad que hacía no les ponía precio la instintiva nobleza de su conciencia. Recibir remuneración por un favor que ha-

cía le parecía deshonroso, como lo es para la mujer el que se la pague su amor.

El Alcalde, por más que rondó, nada vió; y tuvo el dolor de retirarse, entrada la noche, sin haber atado otra punta con otro cabo.

A la mañana siguiente el Coronel Titán y la Fornarina habían desaparecido; por lo cual una partida que vino á registrar el palacio nada halló en él sino á sus primitivos moradores, que, merced al silencio y soledad que notaron, habían vuelto á su tierra de promisión, y entonaban en coro una canción francesa que cantaba la Fornarina, y que les enseñó el eco de aquellos salones:

*A tous les cœurs bien nés
que la patrie est chère!*

Al alma bien nacida
La Patria, ¡cuán querida!

Simón Verde siguió yendo y viniendo á Sevilla por unos días, y el Capitán escondido en el sobrado.

—¡Sobre que apostaría un caballo contra una gallina—decía el Alcalde—á que Simón Verde está metido en la danza!

— Calle usted, señor — le contestaban;— ¿qué le vá ni le viene á Simón en las alborotinas esas? ¿Por qué se había de meter en ellas?

—¿Por qué va la vieja á la casa de la moneda? Por lo que se le pega. ¡Y si no, el tiempo!—respondía el Alcalde con su mala alma y su perenne rencor.—Como que le cogí ya una vez el pan falto, no me fío. El se ayuncó con ellos, y quien aceite mesura, las manos se unta.

Pero quien estaba desesperado era Julián, á quien Agueda no había querido engañar ocultándole que estaba el Capitán escondido en su casa, aunque era demasiado cauta para confiarle la pertinaz persecución amorosa del atrevido y violento pretendiente.

Julián tenía un amigo, ó mejor le calificaremos llamándole seide, que era el ventero *Mi niño*. Había éste servido en casa de su padre, y conservaba un cariño entrañable á Julián, al que se esforzaba en imitar en todo, como un caño á un arroyo.

— *Mi niño* — le dijo un día:— ¿estás dispuesto á hacer por mí lo que te pida?

—¿Quieres que me tire al río de cabeza?—respondió *Mi niño*, dando en aquella dirección unas cuantas de sus portentosas zancajadas.

—¡No, hombre! No se trata de eso.

—Pues ¿de qué se trata, me querrás decir?

—Te lo pregunto sólo para saberlo, por si llegase el caso.

Entretanto la pobre Agueda veía los cuidados y angustias de su padre, sufría por los celos de su amante, y precisada á llevar al Capitán sus comidas, aunque subida á distancia en la escalera de mano, pasaba la mortificación de escuchar las locas expresiones de su pasión, acrecentada aún por el ocio y la soledad en que se hallaba, sin otra cosa que le distrajese.

El Capitán seguía escribiendo y recibiendo diariamente respuestas á sus cartas. Una noche dijo al leer la que recibió:

—Señor Simón Verde: me escriben que mañana llega mi indulto.

—¡Albricias!—exclamó el buen Simón regocijado.

— El indulto — prosiguió el huésped — tiene que pasar por varios trámites; pero esperan que mañana mismo me lo podrán enviar.

—¡Dios lo haga y María Santísima!

—Pero esto será siempre que usted se detenga en el mesón hasta que se lo lleven; lo que nunca podrá ser antes de oraciones.

— Con mil amores me detendré — repuso Simón, que vió cercano el momento de verse libre de un compromiso que cada día le apuraba más, y ver salir á su huésped bien.

— Pero bajo juramento le encargo que nada diga usted hasta que yo esté lejos de aquí; así lo exigen de mí.

— No tengo boca—contestó Simón contentísimo.

No obstante, al día siguiente en vano aguardó Simón hasta la hora convenida: nadie pareció con el anunciado indulto. Empezó, pues, mustio su viaje de vuelta. El camino se le hizo largo, tanto á causa de la contrariedad que traía, como por estar muy obscura la noche.

— ¡Qué cosas nos rodea la suerte! — venía pensando:— el Alcalde anda en acecho; no hace más que atisbar, y en este lance aún queda el rabo por desollar. Vamos, no nos descorazonemos, Simón Verde; que si el indulto ese no ha venido hoy, vendrá, si Dios quiere, mañana.

Con estas reflexiones había llegado Simón Verde á Gelves, y se acercaba á su casa. Pero antes de llegar oyó á su madre que gritaba azorada:

— ¡Hijo! ¡hijo! ¡se ha fugado!

— ¡Calle usted, madre, por María Santísima—contestó Simón; si se ha fugado, bendito de Dios vaya!

— Es que..... es que..... ¡Ay hijo de mi alma!

El llanto, en que hicieron coro las vecinas, le impidió de proseguir.

—¡Es qué! ¿es qué?—preguntó asustado Simón Verde.

—¡Es qué ha robado á la niña!

—¡Virgen Santísima! ¡Dios mío, misericordia! —gritó fuera de sí el desesperado padre: — ¿Por dónde han tirado? ¿Cuándo fué? ¡Decid, decid pronto! ¿Qué camino llevan?

—¡Ay, hijo de mis entrañas!—respondió su madre sollozando, nadie los ha visto ni oído!

Simón tiró su sombrero en el suelo, se llevó las manos á la cabeza arrancándose el cabello.

—¡Hija! — exclamaba,— ¡hija de mi corazón! ¡Y tu padre no puede valerte! ¡Hija de mis entrañas! ¡Llamarás á tu padre, y él no acudirá! ¡Dios mío! ¡que no me diesen los pájaros sus alas, el lince su vista y las fieras sus garras! ¡Un caballo! ¡un caballo! ¡una escopeta!

Y Simón echó á correr á buscar lo que pedía.

— ¡Vecinos, compañeros! — gritaba por las calles;— ¡Juan, Antonio, Nicolás! todo hombre honrado, présteme mano para impedir una iniquidad de las más atroces que

idean los villanos, dejados de la mano de Dios! ¡Señores, si sois cristianos, prestad asistencia á un padre, al que arrancan la hija de su casa, el corazón de su pecho!

Los vecinos acudían alrededor de aquel padre desatentado por el dolor, pintándose enérgicamente la indignación en aquellos honrados rostros; en las mujeres no se oían sino imprecaciones, alternando con expresiones de lástima. Ya se habían ido á buscar caballerías, se habían traído escopetas, y muchos hombres, con ese celo caritativo tan general en la gente del campo, pronto siempre á pagar con su persona, se preparaban á acompañar y prestar mano á Simón Verde, cuando oyeron las precipitadas y fuertes pisadas de caballos.

—¡Tropa! ¡Esto es tropa! Puede que sean los civiles. Dios los trae —exclamaron todos; y las mujeres se apresuraron á asomar los velones á las puertas; éstos alumbraron una escena que arrancó un unánime grito de júbilo. Agueda estaba en los brazos de su padre; á caballo é inmediato, inclinado hacia el santo grupo, se veía á Julián, y detrás, enjugándose el sudor de la frente, estaba Joaquín, *Mi niño*.

—Padre —murmuró Agueda al oído de Simón;— Julián me ha salvado.

—Julián —exclamó con energía Simón Verde:— tú me perdiste y tú me has ganado; besaré la tierra que pisas. Ponme una S en la cara, que tu siervo soy mientras corra por mis venas esta sangre que te ofrezco hasta la última gota.

No es posible referir lo ocurrido, del modo confuso, agitado é interrumpido con que lo hizo Agueda, que pasaba de los brazos de su padre á los de su abuela, y de éstos á los de las vecinas. Pero lo haremos en breves palabras.

Cerrada la noche, el Capitán dijo á Agueda que debían venir por él en aquella hora sus amigos, y le suplicó, tirándole desde el sobrado un pito de plata liado en un papel, que se cerciorase de si estaban ya en el olivar que lindaba con el corral, saliendo á la puerta de éste y haciendo la señal convenida. Gozosamente sorprendida, se apresuró Agueda á hacer lo que le prescribía el Capitán, y, desde luego se le presentó un hombre. Volvió Agueda presurosa, anunciándoselo al que aguardaba, y arrimando en seguida la escalera de mano á su escondite para que pudiese bajar. Hízolo así el Capitán sin hablar palabra, y Agueda, alegre y tranquila, le siguió al corral para cerrar la puerta cuando hubiese salido. Mas apenas la abrió Agueda,

cuando dos hombres que estaban en acecho se echaron sobre ella y la sujetaron; mientras el Capitán le ataba un pañuelo en la boca, y con otros dos le amarraba las manos á las espaldas y unía, trabándolos, los pies. Saltó en seguida á caballo, los otros alzaron á la infeliz joven, que colocaron delante de él, montaron sobre sus caballos, y poniéndolos al trote, desaparecieron entre los olivos.

Media hora después pasaba Julián por la puerta de la casa de Simón Verde, cuando oyó los gemidos de la pobre tía Ana y las voces de las vecinas, que ya se habían cerciorado del rapto de Agueda, y se lo comunicaron. Julián se precipitó hacia su casa, de la que salía casualmente el ventero.

—*Mi niño* —le dijo con voz alterada, pero firme y decisiva:— monta el caballo en pelo y tenme preparada la jaca mientras voy por armas.

Mi niño sin más preguntar hizo todo lo prescrito, y volviendo al momento Julián:

—¿Adónde vamos? —preguntó *Mi niño*.

—A Porcuna, á buscar el camino de Benaocaz; esos infames buscan la raya de Portugal.

Diciendo esto, puso Julián su caballo á escape, y *Mi niño* le siguió como el trueno al relámpago.

Apenas habían andado los fugitivos una legua, cuando oyeron el galope de caballos.

—Somos perdidos —dijo el Capitán;— es la Guardia civil.

—Apretad vuestro caballo —repusieron los otros, que conocieron que siendo los caballos que se acercaban mejores que los suyos, iban perdiendo la delantera por momentos.

—Capitán, soltad á esa mujer que retarda vuestro paso —añadió azorado otro compañero;— de todos modos la vais á perder; no perdáis al menos con ella vuestra libertad.

El galope de los que los perseguían se acercaba cada vez más; el Capitán depositó á Agueda al borde del camino, y salió á escape para reunirse á sus compañeros, que ya lo habían hecho. Apenas se vió Agueda en libertad, cuando logró por un violento esfuerzo libertar una de sus manos, arrancarse con ella el pañuelo que tapaba su boca y gritar al momento que llegaban los jinetes:

—¡Socorro!

Pero no fué un guardia civil el que se presentó á prestárselo: fué... ¡quién pintara su enajenación! fué Julián.

Sorprendido por el alboroto que llegó á sus oídos, atraído por las voces, salió el Alcalde de su casa y se dirigió al sitio en que

tenían lugar las escenas descritas. ¡Cuál sería su asombro y su despecho al ver á su hijo figurar como héroe libertador de la hija de Simón Verde, y sus caballos, sudosos y jadeantes, que eran las víctimas de esta gratuita obra de romance!

Precipitó su paso, y como el primero con quien tropezase fuese *Mi niño*, echóle mano al cuello diciendo:

—¿Quién te ha dado facultades, bárbaro, insolente, atrevido, para sacar mi caballo de la cuadra, y echarle sobre el lomo tus diez arrobas de peso?

Fué tal el susto y la sorpresa de *Mi niño*, que se quedó tan mudo como inmóvil.

—Yo se lo dije, padre —respondió Julián en tono respetuoso, pero sin turbarse.

—Marcha tú á casa á llevar los caballos —mandó el Alcalde, que no quiso reñir á su hijo ante testigos,— que luego hablaremos. Julián obedeció.

—Lárgate de mi presencia —prosiguió el Alcalde dirigiéndose á *Mi niño*, que permanecía hecho un poste;— no sea que no pueda contenerme y te ponga á golpes tan estropeado como has puesto tú á mi caballo padre.

Joaquín, *Mi niño*, se valió con agilidad de sus zancajadas para desaparecer en la noche,

como la gran sombra de Samuel evocada por la Pitonisa de Endor.

—Escóndase con más vergüenza la moza del bullanguero —prosiguió el Alcalde,— y vaya á la cárcel su encubridor.

Un silencio profundo había sucedido á la dulce y conmoviente escena, que poco antes hacía latir los corazones, verter lágrimas á los ojos y lanzar expresiones de júbilo á los labios. Las luces desaparecieron; las puertas se cerraron; la oscuridad, la soledad y el silencio reemplazaron lo más bello que hay en la tierra: ¡la alegría de todos por la felicidad de uno!





CAPÍTULO VII

Más de un año había pasado. Era una mustia y encapotada mañana de Diciembre: llovía y venteaba, como si quisiese el día por ese medio dar rienda suelta á su mal humor. Prestaba sus tristes tintas al paisaje, ahuyentaba las mariposas, hacía callar á los pajaritos y bajar tristemente la cabeza á aquellas flores que no son *frioleras*, y vienen aun en invierno á alegrar el campo de Andalucía. El río pasaba turbio y murmurando entre dientes, llevando algunos despojos que le habían traído de sus correrías las aguas que afluían á él. Bandadas de cuervos graznaban diciendo en su tosco lenguaje que no echaban de menos al sol, y que también á cada ave le llega su San Martín. Era, en fin, uno de aquellos días que hacen tan gratas las comodidades y goces de su hogar al hombre rico ó acomodado, y tan cruel al pobre la desnudez y frialdad del suyo.

Venía por el camino, que desde Triana costea el río al acercarse á Gelves, un hombre que andaba agobiado y despacio. Su cara llevaba las profundas huellas que estampan los sufrimientos en el semblante del hombre, las que si bien le ajan, le ennoblecen; su pelo estaba cano y su mirada, aunque suave y bondadosa, era tan triste, que compadecía más que una queja. Este hombre era Simón Verde, que salía de la cárcel después de un año de haber estado en ella. Simón sabía lo que iba á hallar en su casa; y era esto una hija, á la que la calumnia había deshonrado—pues la honra en los pueblos en que nada la empaña, llega á estarlo por el más leve soplo, — y á la que el dolor y la vergüenza minaban la vida con lento, pero seguro progreso; una madre, ciega á fuerza de llorar, y á ambas mantenidas con la corta, pero constante limosna del pobre; pues de dos hijas que tenía la anciana, una había enviudado por aquel entonces y la otra se hallaba enferma de sobreparto.

Cuál sería la primera entrevista de esta desgraciada familia, fácil es graduarlo. Mas en esta ocasión, como en todas las ocasiones supremas, era la mujer la que sostenía al hombre.

—Simón, hijo mío —le decía la pobre ciega:— no desfallezcas; ¿no me decías tú á mí que la buena conciencia era un lecho de plumas? ¡Verdad es, verdad es! Y bien cierto que no nos ha de despertar despavoridos con sus saetas. Así... no te abatas, hijo mío; y recuerda tus propias razones.

—Cuando yo decía aquello, madre, y me sentía fuerte contra la desdicha, era cuando nos quedaban los dos grandes bienes del pobre: la estimación y la salud. Mi niña, esa hija de mi alma, ha perdido ambos; á usted, madre, se le han secado los ojos de llorar; ¡y todo por mi culpa!

—¡Calla, hijo, calla! ¿Qué culpa has de tener tú? ¡Mi alma como la tuya! Di que lo que sucede ha sido la voluntad de Dios, y verás con esa convicción la conformidad y el consuelo que te entra.

—¡Madre: conforme estoy! Pero déjeme usted sentir y llorar, que no lo prohíbe la Ley de Dios. Déjeme darle mi llanto—ya que otra cosa no puedo darle—¡á esa hija del alma! que se nos va á la gloria, á fuerza de padecer, como las Santas Mártires.

Simón lloraba con amargura fijando alternativamente su vista en su madre, que ya no podía verle, y que buscaba en su corazón palabras de consuelo para prodigarle, como

le había prodigado, caricias cuando él era niño, y en su hija, la que pálida y demacrada, se esforzaba por sonreírle, como lo hacía cuando ella era niña.

—¡Perverso, *maldecio* Alcalde!—dijo una vecina cuyo rostro lleno de lágrimas demostraba el más vivo interés y más profunda compasión;—tiene el natural como un caimán, que dicen es una fiera voraz y traicionera.—Dios no come ni bebe, pero juzga lo que ve; y ya le ha castigado, Simón; pues si él te encerró á ti en una cárcel, Dios le ha encerrado á él en otra, porque hace un año que le roe la cara un cáncer, y mientras más se cura menos se alivia. ¡Juicios de Dios, hombre! Pues si tú, que has padecido más en tu ente que lo que pecaste en tu mente, has salido por tus pies de tu encierro, el malvado ese no ha de salir del suyo, sino en pies ajenos y llevando los suyos por delante! ¿Y ésa? De la suerte del malo en tu rincón espera el fallo, Simón.

—El mal ajeno no cura el mío, Beatriz. Y ¡Dios me libre de desearle mal ni á mi mayor enemigo!

—¡Bien dicho, Simón! —exclamó su madre.— ¿Iría uno á perder el fruto de las tribulaciones con la falta de caridad que hay en desearle mal al que nos lo ha hecho? ¡Dios le

dé á ese infeliz tanta salud como yo para mis hijos deseo!

—¡Ande usted, que se lo lleve pateta! —repuso Beatriz;— á ese hombre no le ha de sentir ni la madre que le parió.

Y acercándose á Agueda, le dijo á media voz y de manera de no ser oída sino por ella:

—En estirando las piernas ese mal alma, te casas con Julián y todo queda remediado.

—¡Yo! ¡Yo! —exclamó Agueda, cuyo pálido rostro se puso repentinamente encarnado,—¡yo! una mujer con mala nota ¡casarme con Julián! No lo piense usted ni nadie. Julián se merece cosa mejor, tía Beatriz. Antes era yo pobre y él rico, y me creía tan buena como él, porque pobreza no rebaja. Pero ahora que estoy desacreditada, gracias al falso testimonio de su padre, no puede un hombre casarse conmigo sin rebajarse, y no quiero yo, no, que nadie pierda por mí.

—Vaya, Aguedilla, que no tienes las lanas tan bien peinadas como parece; que eso que dices es orgullo puro, hija mía. No te han de poner nicho por humilde.

—No digo que sea yo humilde; pero mal juzga usted lo que hago si lo llama orgullo: es vergüenza, señora.

—¿Pero no ves, mujer, que él te quitará la nota casándose contigo?

—Eso es lo que no puede ser; la nota no me la puede quitar sino quien me la puso. Julián no me la quitaría; y yo se la pegaría á él, y el que pringa á los suyos con su lepra, los enferma y no sana, tía Beatriz. Así es, que ambos bajaremos á la tierra: el que me infamó, con el cáncer que su rostro le roe; y yo, la infamada, con el que me roe el corazón.

Cuanto decía Agueda lo sentía profundamente; y así era que desde que el Alcalde la echó á la cara la ignominia, Agueda, grande en su humillación como la palma en el árido desierto, se había aislado, y había cortado toda relación con Julián. Por más que éste había insistido, Agueda se había negado á toda comunicación con él. Cuando oía la infeliz la voz de Julián, que pasando por delante de la reja del corral cantaba, como para señalar su presencia y atraerla, estas y otras coplas:

¡El clavel que tú me diste
El día de la ASCENSIÓN,
No fué clavel, sino clavo
que clavó mi corazón!

¡En Enero no hay claveles
Porque los marchita el hielo.
En tu cara los hay siempre,
Porque lo permite el Cielo!

Agueda lloraba amargamente, besaba el clavel de todo el año, que periódicamente le volvía á brindar la maceta, como si quisiera recordarle aquella primera prenda que su amor diera á su amante. ¡Pero la ventana permanecía cerrada!

Julián estaba desesperado, no hallando medio directo para combatir aquella decidida repulsa y entenderse con Agueda. Pero, como dice el refrán que más discurre un enamorado que cien abogados, dió al fin con éste.

Un día entró *Mi niño* en casa de Simón, en donde desde que había contribuído á la salvación de Agueda era recibido con el mayor agrado. Venía con un pretexto tan sin gracia como él, y habiéndose acercado á Agueda le dijo en voz que procuró hacer queda, pero que parecía el zumbido de un moscón:

—Agueda: me ha dicho Julián que te diga que lo que estás haciendo con él es una mala partida.

—Dile —respondió Agueda al poco olímpico Mercurio,— que su padre, al quitarme la honra, no me ha dado descaro.

—¿Y puede remediar Julián, me querrás decir, el que tenga el villano de su padre lengua de hacha, así como tiene alma de cán-

taro y puños de hierro? A mí me tiene aborrecido desde que le estropeé el caballo padre, y dice que soy bárbaro y medio; pero ¡esto se me da!..

Mi niño puso la gran uña de su dedo pulgar debajo de uno de sus grandes dientes, y dió un chasquido.

— ¡No lo puede remediar, lo sé! Como sé que tampoco puede remediar el mal que nos ha hecho su padre; que «palabra y bala suelta no tienen vuelta». Así, dile —añadió la pobre joven, á la que ponía el dolor lágrimas en sus negros ojos, y la indignación una amarga sonrisa en sus blancos labios,— que la muchacha deshonrada no tiene más cama de novia que la tierra.

— ¡María Santísima, y qué *fúnebre* estás! Si tienes nota, él te la quitará casándose contigo: ¿te enteras?

— ¡No puede ser, Joaquín! Que quien no mata la araña, no extingue la telaraña.

— Mira que se va á desesperar, Agueda.

— Así viviremos iguales —contestó la pobre niña.

— Mira que él no te olvida; testigo yo —dijo *Mi niño*, dándose un tremendo golpe en su ancho pecho.

— Lo creo —repuso Agueda;— el olvido no entra de sopetón como un tabardillo. Pero

sabido es que el recuerdo camina hasta el camposanto, y allí se quedan en una misma sepultura el recuerdo y la recordada.

—¿Pues qué? ¿Te vas á morir? —preguntó con extrañeza *Mi niño*.

—¿No me ves? —contestó la pobre enferma.

Mi niño la fijó con sus grandes é insulsos ojos, y dijo con la cruda franqueza campesina:

—Verdad es que pareces *tábida*. Pues mira: á pesar que dice el refrán «que el hermano quiere á la hermana, y el marido á la mujer sana», Julián, que es porfiado, no ha de querer más novia que tú, y desde ahora te digo, que si haces la barbaridad de morirte, va haber entre Julián y el *reteindino* de su padre una que va á ser sonada. Ya lo verás.

—¡No lo veré! —contestó Agueda.— Pero, si llega el caso, dile á Julián que nada remedia con eso, que á los muertos sólo Dios los resucita.

—Me voy —dijo *Mi niño* dando algunas zancadas hacia la puerta;— me voy por no oírte hablar más de muerte; que estás hoy que pareces un *profundis*. Mira, Agueda: yo no soy abogado, aunque á Julián se le haya figurado; ni tengo como ellos un celemín de razones y la lengua ligera como paletas de

vapor; así, sólo te daré un consejo: déjate de escrúpulos y sal á la reja. Allí se entenderán ustedes, y verás cómo te pones buena y Julián me deja á mí el alma en paz, pues yo no sirvo para el paso; y adiós.

Diciendo esto, *Mi niño* le volvió la espalda, y en dos zancajadas atravesó el patio. Pero de repente desanduvo sus zancajadas, y dijo á Agueda:

—Me se olvidaba con tus *goris patoris* decirte de parte de Julián que me des el clavel.

—Dile —contestó Agueda, ocultando el clavel de todo el año que en el pecho tenía,— que

En Enero no hay claveles,
Porque los marchita el hielo.

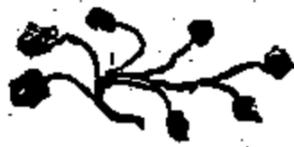
—Verdad es —murmuró *Mi niño*.— ¡Pues mire usted el otro la *embajáa* que me da! ¿Se querrá burlar de mí, como hacía *denantes*?

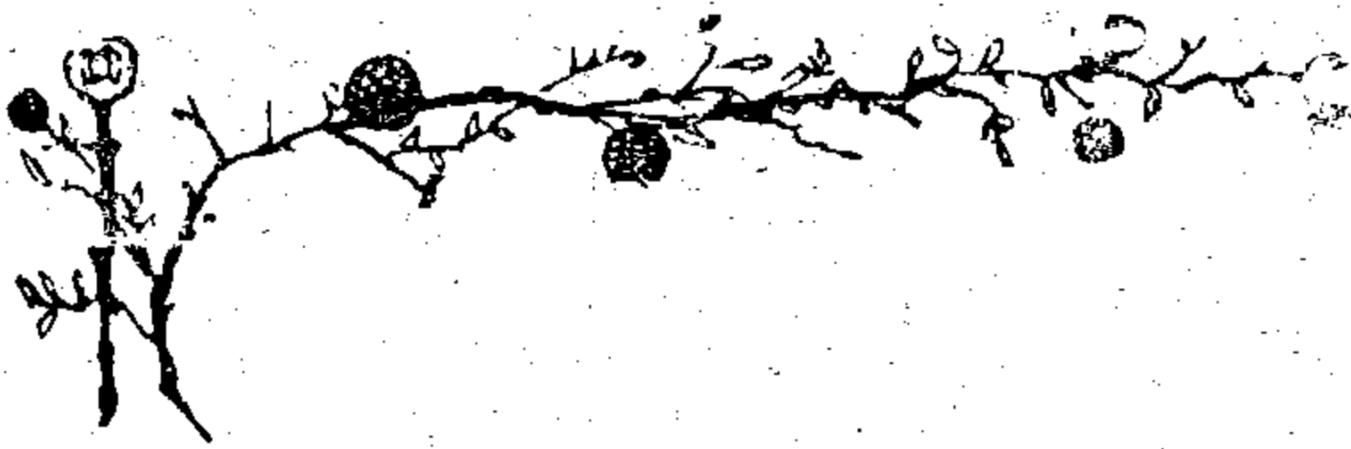
Apenas se hubo ido, cuando Agueda, ahogada de sollozos, se echó sobre su lecho. Este continuado y heroico esfuerzo de su dignidad para combatir su amor, la larga prisión de su padre, la ceguera de su buena abuela y la miseria en que habían caído, que forzó á ambas á vivir de la limosna, habían destruído á tal punto aquella suave y aun tierna planta,

que perdió el vigor para sostenerse, y cayó marchita y ajada.

Poca felicidad había igualmente en casa del que había sido Alcalde. Este, además del terrible padecer físico que le aquejaba, se había enajenado por sus procederés todo el cariño de su único hijo, el que, si bien nunca faltaba al respeto á su padre, había puesto con su frialdad tal distancia entre ellos, que se podía decir que no era hijo sino en el nombre y en la obediencia ostensible.

Las desgracias referidas eran causadas por un hombre; y casi todas las que vemos tienen el mismo origen.—Decimos que la vida es amarga: ¡los amargos somos nosotros!





CAPITULO VIII



SIMÓN había tenido el dolor de ver matar á fuerza de malos tratos á su pobre burra, que por segunda vez había sido vendida. ¡Cuánto no hubiese dado cuando la encontraba coja, enflaquecida, cubierta de mataduras, y agobiada bajo pesadas cargas, por haber podido libertarla de tantos sufrimientos! Esto lo comprenderán los que miran á los animales, no como *cosas*, sino como *seres* que sienten y sufren, y los que, como tales, los aman y compadecen. ¡Cómo destroza el alma un impotente deseo, sobre todo cuando el corazón y la conciencia nos animan á abrigarlo diciéndonos que es bueno!

Hacía Simón ahora sus viajes á Sevilla á pie, y como es de suponer, las ganancias de estos viajes se habían reducido á corta cosa.

Una noche había entrado más cansado que nunca, porque había llovido y el camino se había puesto pesado y resbaladizo. El infeliz se sentó rendido, conservando puesta la ropa

mojada, pues no tenía otra con que remu-
darla.

—Agueda, hija, ¿cómo te sientes?—le dijo á ésta que se había recostado sobre el hombro de su abuela.

—Bien, padre—contestó Agueda sonriéndose; pero sin que se formasen ya en sus escuálidas mejillas aquellos hoyuelos que tan gracioso y juvenil encanto prestaban á su rostro.

—¿Ha comido?—preguntó Simón á su madre.

La anciana no contestó. Ni una ni otra habían aún probado bocado aquel día.

—No he tenido gana—respondió la niña cuando su padre reiteró la pregunta.

—¡Hija!—dijo Simón, que á duras penas contenía sus lágrimas al mirarla:—pasé por una confitería, vi unos bizcochos que acababan de salir del horno, quería traértelos; cuatro cuartos valía media cuarta; pero... ¡si no los tenía! Dos reales traigo ganados hoy, que escasamente alcanzan para media hogaza de pan, el aceite y el carbón para hacer unas sopas.

En este instante se oyó la campana de la iglesia que hacía la señal de salir SU MAJESTAD. Simón se puso en pie y se quitó el sombrero. Su madre rezó el Padre nuestro, aña

diendo al fin: *¡En gracia te reciba el alma que te desea!*

—¿Para quién sale SU MAJESTAD?—preguntó Simón cuando hubo concluído el rezo.

—Para el Alcalde, hijo; que se ha agravado mucho por haberle sobrevenido un flujo de sangre.

—Si tuviese capa iría á acompañar á la MAJESTAD; aunque no me obliga, pues no soy ni pariente ni amigo del que van á sacramentar—dijo el buen cristiano.

—¡Hijo, ve!—repuso su cristiana madre;—por lo mismo que va para un hombre que tanto mal nos ha hecho, ve, hijo mío, aunque sea sin capa. Ya que no la tienes, lleva á esa solemnidad compostura y devoción, que le den al Señor el decoro que con tu apariencia no puedes darle. Dios mira sobre todo los corazones; y engalanado llevas el tuyo con el perdón que así ostensiblemente demuestras á tu enemigo. ¡Dios le coja en buena hora!

—¡Qué rendido estoy, madre! y ¡cómo me pesa la ropa mojada! Y lloviendo que está, que se desgajan los cielos; pero... ¡allá voy!

Simón fué á la iglesia, cogió un farol y acompañó á SU MAJESTAD en casa del enfermo.

Cuando la santa ceremonia hubo concluído, le dijo el cura:

—Un recado había mandado á tu casa, Simón, para que vinieses, pues el enfermo quiere verte.

—¿A mí?—exclamó absorto Simón.

—A ti, sí. Deja ese farol, que llevará Miguel, y entra, que urge.

Simón entró en el cuarto del paciente, en el que había aún gran número de personas reunidas. Profunda fué la lástima que sintió cuando miró á aquel hombre que había tenido buena cara y robusta persona, reducido por su padecer á un descarnado esqueleto, envuelto el carcomido rostro en vendas, sin fuerzas, sin vida, sin esperanzas... pero con alma aún, pues, apenas vió á Simón, cuando extendiendo hacia él sus descarnados brazos, exclamó con vehemente acento de corazón:

—¡Simón, Simón: perdóname!

Honda fué la impresión que en todos los presentes causó esta deprecación del moribundo. El arrepentimiento que se confiesa, el perdón que se pide y se otorga, la reconciliación que se efectúa, esas tres cosas, las mayores entre las grandes, las más elevadas entre las altas, las que más se acatan entre las respetadas, esos santos frutos de la simiente del Evangelio, ese glorioso triunfo de la cristiana humildad sobre el antecristiano orgullo, anonadan con su legítima sublimidad

cuantas sublimidades heroicas forja el hombre con un vano oropel, y con su verdadera luz, cual la del sol que alumbra á un mismo tiempo lo alto y lo bajo, lo chico y lo grande, llenan todas las inteligencias y conmueven todos los corazones! Tráelos la Religión, y circunda con ellos el lecho del cristiano moribundo, como con un destello de la luz del Cielo, que ha hecho ya penetrar en su alma.

Pero si á todos conmovió aquel grito, que brotó del corazón del moribundo, enajenó á su hijo, que hasta entonces, continuamente abatido y grave, se había mantenido silencioso á los pies del lecho, y que exclamando ahora:

—¡Padre mío!—se arrojó sobre una de sus manos, que cubrió de besos y bañó de lágrimas.

—¡Señor Alcalde, por Dios! ¡Qué está usted diciendo!—repuso el buen Simón con enternecida sorpresa.—¿Quién se acuerda de lo pasado?

—Digo, ¡sí, sí!... digo...—déjame hablar, Simón,—prosiguió el primero haciendo señas á éste que quería interrumpirle;— que mucho daño te he hecho! La muerte abre los ojos del alma á aquel á quien Dios no dejó del todo de su mano; merced á que —aunque pecador—no le volvió la espalda. Así es, que su DIVINA MAJESTAD me ha dejado tiempo para

enmendar en parte el mal que hice. Señores: sean ustedes testigos...

— ¡Calle usted, señor, calle usted, por María Santísima! ¡que me está su mercé partiendo el corazón!— exclamó Simón, por cuyas mejillas corrían abundantes lágrimas.

—No callo, Simón; que he confesado, y quiero morir como cristiano, no me lo impidas, pues lo eres. Señores: he calumniado á Agueda, esa inocente, la he desacreditado!... con el fin de que no se casara con mi hijo, porque era pobre, que el demonio me tenía cogido por la codicia! La difamación fué pública, y pública ha de ser la satisfacción. Lo que es á ti, Simón...

— ¡Calle usted, señor; calle usted, por Dios!— volvió á repetir Simón, que notó lo fatigado que estaba el enfermo:—ya ha hecho su mercé más que cumplir como cristiano.

— ¡No, Simón; no! La puerta del cielo está cerrada al pecador; el aldabón es el arrepentimiento. ¡Lo tengo asido! ¡Déjame que golpee, para que me oigan los hombres y rueguen por mí y me oiga Dios y me acoja!

Habían llegado en esto la tía Ana y Agueda, á quienes fueron á requerir, y se mantenían en pie cerca de la puerta, guiada la pobre ciega por la enferma, apoyada la pobre enferma sobre la ciega.

El reconciliado fijaba con dolor sus miradas sobre aquellas tres personas á quienes había un año no veía, y que tan trastornadas por los sufrimientos hallaba. Al ver las canas de Simón y su ropa destrozada y calada por el temporal; al ver los ojos, —antes de tan dulce y grave mirar— de la anciana, muertos y cubiertos por sus cerrados párpados como por una losa; al ver á Águeda, aquella bella y fresca flor, caída y ajada... corrosivas lágrimas brotaban de sus moribundos ojos!

—¡Esta es mi obra! —murmuraba,— ¡por enemistad!... ¡por codicia!... ¡por no cejar á tiempo en la mala senda!... ¡Y si no hubiese sido por mis maldades, hubiéramos vivido todos felices... y en gracia de Dios! Porque, sépanlo todos: yo he sido el primero que he tenido la vida más amarga que la retama. ¡Perdí la paz de mi alma! El alimento no me sabía, ni mi sueño era dulce. No tuve amigos, sino lavadores de cara... ¡que bien los distingue el corazón! Me enajené el cariño de mi hijo...

—¡Señor! ¡Padre! ¡No digáis eso por Dios! —exclamó Julián.— ¡Si os he faltado, perdonadme!

—No me has faltado, no; hijo del alma! Pero también distingue el corazón entre el

cariño obligado y el voluntario. ¡Hijo! —prosiguió el Alcalde con vehemente emoción,— ya que vivo no me pudiste querer, quiéreme muerto, y atiende á mi último consejo. ¡No abrigues nunca enemistad alguna!

El moribundo se había inclinado con sus últimas fuerzas hacia su hijo, en cuyos brazos cayó con un síncope.

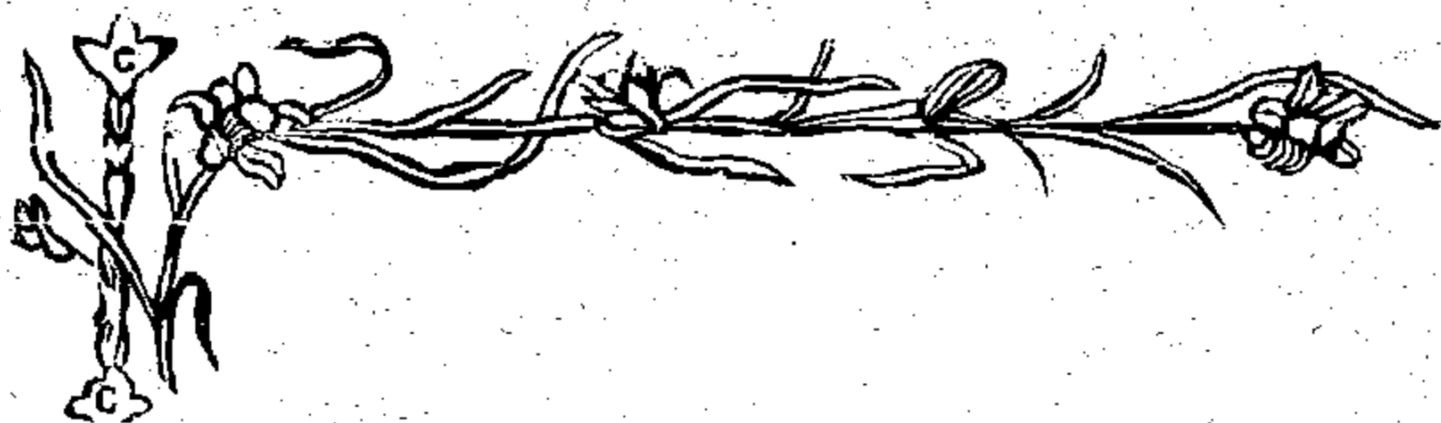
Al cabo de algún tiempo, y merced á los auxilios que le fueron prodigados, abrió sus amortiguados ojos, y fijándolos en el cura, murmuró:

—¡Esta es la agonía!... ¡esta es la muerte!

—¡Miradla cara á cara y con tranquilidad! —repuso el sacerdote;— resignado á la expiación, confiado en la salvación. ¿Tenéis algo que disponer?

El moribundo hizo una débil seña á Águeda y á su hijo, que se acercaron sollozando. Quiso juntar sus manos, pero no pudo; y miró al cura, que comprendió su deseo, y las puso unidas en las yertas del agonizante, que murmuró en entrecortadas palabras:

—¡Hijos míos! sed felices... ¡yo os bendigo!... Julian, Simón es desde hoy tu padre... y todos vosotros... que sois buenos... rogad por mí... pecador... pero... por la gracia de Dios... ¡arrepentido!



EPÍLOGO

Año y medio después de la muerte del Alcalde, el tiempo había pasado su suave esponja sobre los anteriores tristes cuadros, y la vida variable había dibujado otros muy distintos en la existencia de las personas de que nos venimos ocupando.

Era la tarde de un domingo. Debajo de nuestro antiguo amigo el emparrado,—que aquel año, para seguir la moda, había vestido en lugar de su traje de tafetán verde uno de tisú, al que ponía el otoño trajes de oro,—estaba la buena anciana. A su lado se hallaba Mariquilla Albóndiga, que se había hecho una moza de cántaro, la más típica de esta denominación; por lo cual estaba á la sazón trocado su nombre de niña en el de Maricota. Su madre había visto con dolor reventar en su bien medrado cuerpo las cinturas, espaldas y mangas de sus vestidos, sus enaguas más talares trocarse á poco en boleras,

y la había oído quejarse cada quince días de que le apretaban los zapatos. Reemplazaba ahora á Agueda en la asistencia de su abuela.

Como no sabía contar sino hasta diez, hallábase en este momento apurada, porque no sabía el cómo contestar á su abuela, que le preguntaba por el número de racimos que en la parra sobre sus cabezas colgaban, como nuevas espadas de Damocles; el número de naranjas, que como estrellas salpicaban la sombría copa de los naranjos; el número de pájaros que cantaban; la multitud de pollos que piaban, y la cantidad de nietos que chillaban.

—¡Madre: se pierde la cuenta!... y de todo sobra más de la mitad—contestó Simón Verde, que, envigorizado y erguido, y con su cara alegre de antes, llegó trayendo una brazada de la consabida robusta hortaliza.—Maricota: tú has crecido como el río cuando hay arriada, mucho y aprisa; pero en cuanto á las luces del entendimiento, no te las han despavilado los años. ¡Mire usted, no saber contar! No saber contar es como no saber andar. Deja esas naranjas, que están verdes, lambrucia; y en tu vida comas fruta hasta que no la coman los soldados.

Apareció entonces debajo del emparrado una mujer joven, lozana, que resplandecía

de salud y de alegría. Tenía puesto un vestido de linó con faralaes, y por viso pompasas enaguas almidonadas. Traía sobre la cabeza un hermoso pañolón de espumilla de Manila, color de yema de huevo, cuyos flecos le arrastraban hasta los pies: calzaba bien, y traía un clavel encarnado en la cabeza. Llevaba en los brazos con una soltura—como si jamás hubiese hecho otra cosa,—una criatura recién nacida, que lucía una envoltura de tul de ilusión, con sus encajes de algodón y su viso de seda—aunque de un rosa pálido demasiado cercano del encarnado,—su capillito con encajes para dos, y su brevín de raso blanco y plata. Seguía un joven airoso y bien parecido, con su rica capa de paño azul y vueltas de terciopelo carmesí.

—¡Agueda, hija, ya has salido á la calle!
—exclamó Simón Verde cuando la vió.

—Esta mañana fuí á misa de parida, padre. Y no había de salir sin traerle á mi madre Ana á mi niña; madre abuela,—prosiguió poniendo á la criatura en brazos de la anciana:—aquí tiene usted á mi hija. Es un lucero, un sol, un serafín.

Brillaba en sus bellos ojos la santa alegría de madre, y en sus mejillas se dibujaban más encantadores que nunca, los dos hoyuelos

que habían vuelto á su rostro con su lozanía.

—¡Lo que pesa! Se diría que tiene tres meses,—dijo la pobre ciega,—que hacía el solo elogio que podía hacer de su biznieta. ¡Dios la bendiga!—añadió.—¿Y cómo se llama?

—Ana.

—Hija: ese es nombre de abuela.

—¡Pues por lo mismo! Para que llegue á serlo, y tenga nietos que la quieran tanto como la quieren á usted los suyos.

—Julián—dijo Simón:—¿por qué has consentido que salga esa niña á la calle á los ocho días de parida? Eso es un *gitanerío*.

—*Pae* Simón: porque mientras viva yo, no ha de hacer Agueda más que su gusto.

—¿Esas tenemos? Pero mira, hombre, dices bien, al fin y á la por partida hacen las que se visten por la cabeza, lo que en ella se les mete. Conque así, en dejándolas, se quita uno de predicar en desierto. Oye, y tú, *Mi niño*, ¿por qué no entras?—prosiguió Simón dirigiéndose á éste, que había venido con Julián, y se había quedado afuera del emparrado.—No seas corto en tu vida, sino para dar.

—Es que viene á pedir—dijo Julián;—y me trae á mí de padrino.

—¿Pedir? ¿y qué? No será ni carne ni peso... que le sobran—dijo Simón.

—Pues ambas cosas son—repuso Julián soltando la risa,—pues viene á pedir á Maricota, que como no tiene padre, toca pedírsela á usted.

—*Mi niño*—dijo Simón:—si otra hija tuviera, te la diera, porque te estimo. Pero como con una hija no se pueden tener dos yernos, no hay que hablar de eso. En cuanto á Maricota, aunque parece melliza de la Torre [del Oro en lo fornida, está naciendo ahora, y tú, *Mi niño*, eres talludito. ¿Cuántos años tienes?

Mi niño se rascó la oreja y no contestó.

—¡Capaz eres de no saberlo! Porque tú, *Mi niño*, eres de lo más cerrado de sentido que se ve, perdona la franqueza, que no lo digo por ofenderte.

—Voy á preguntárselo á mi madre—dijo el pretendiente dando algunas zancajadas en retirada.

—Aguarda, aguarda; que yo lo sabré poco más ó menos — le gritó Simón Verde. — Cuando el percance primero que me puso en manos de la justicia tenías tú veinte y cuatro años, porque en aquel sorteo ya no entraste en quinta. Mariquilla Albóndiga tenía entonces siete, y mi Aguedilla trece. De esto hay

nueve años: por manera que tienes ahora la edad de Cristo, y Maricota tiene diez y seis; eso está *esproporcionao*. Para trabajar estás en la flor; pero para novio de Maricota eres viejo, *Mi niño*.

Mi niño, que nunca había pensado en su edad, se quedó tan asombrado de hallarse viejo y tan hecho estatua, que en su abierta boca se coló una abispa.

—Anda, *Mi niño*—prosiguió Simón Verde:—cásate con una viuda, que es lo que te pega; que quien adama á la viuda, la vida tiene segura. A mí no me entras por el ojo.

—¿Y quién es quien se va á casar, usted ó la novia que él pide?—sonó desde lo interior de la casa una voz recia y clara.

—¡Vaya con la niña! que estaba escondida, pero con más oídos que una liebre—exclamó Simón Verde.—¿Con que están ustedes en un sentir? ¿Lo que quiere decir que la pechecilla estaba enamorada? ¡Habrás visto! ¡y yo que nada sabía! Dice el refrán que «por más que te afanes, no has de saber de tu casa los desmanes».

—Padre,—dijo Agueda riéndose:—debería usted haber caído, porque *Mi niño*, desde que la quiere, está más en Babia que nunca, y ella está tan en Belén, que se la va á olvidar hasta el modo de andar.

—Verdad es que debería haber caído, — dijo Simón Verde riéndose.—Pero es por aquello de que en el barrio de Santa Justa, Dios los cría y ellos se juntan. También recuerdo ahora que oía de noche, como entresueños, una voz como la del cañon gordo del órgano de la iglesia, que cantaba siempre la misma copla:

¿La Mujer chiquitita
para qué es buena?—
Para echarla en la olla
por berengena.

¿Quién se había de figurar que venía eso *dirigido* á la zarangullona de Maricota, que se come las naranjas verdes? Pero para que lo sepas, te advierto, *Mi niño*, que Maricota no tiene más que lo encapillado; y para eso las naguas le están cortas, y el monillo ajustado.

—De eso no se cuide usted, *pae* Simón, — dijo Julian, — que es cuenta de Águeda, que será la madrina de la novia, puesto que yo soy el padrino del novio.

—Pues á ello, y sin tomar resuello! *Mi niño*, cástate.

¡Cástate... y tendrás mujer,
si bonita, que guardar;
si fea, que aborrecer;
si rica, que contemplar;

si pobre, que mantener.
¡Cásate!... y tendrás mujer!

Y ten presente que dice el refrán: dos días buenos las mujeres dan; el que al tálamo vienen y el que á la tumba se van; y atiende á que, el hombre de vista larga, por temor de la cruz, perdona la palma!

—Padre: ¿va usted á descorazonar al novio?
—dijo Águeda.

—¡Descorazonar á un novio! ¡fácil era!—
¡Mas fácil sería hacer una raya en el agua!
Con que... Maricota, ¿le doy el sí á *Mi niño*?
responde.

Esta vez, la voz como la persona, permanecieron ausentes.

—¡Vaya con la niña, que no quiere responder!—gruñó Simón.

—Padre,—dijo alegremente Águeda:—
como va usted para viejo, se va haciendo gruñón; y se le ha olvidado que el sí no se da sino en la reja.

—¿Regañón tu padre? ¡qué estás diciendo, mujer!—exclamó Julián.—¡Pues si es como el sol de Mayo, que no hace más que reirse!

—¿Y sabéis por qué, vosotros?—repuso Simón Verde.—Pues el refrán lo dice: «¿Por qué no riñe tu amo?—Señor: porque no es casado.» Pero sábete tú, Aguedilla, que no sería extraño que lo hiciese, pues el

hombre cuando es chico es como el gallo, cantando; cuando es mayor, como el boricua, trabajando, y cuando es viejo, como el cochino, gruñendo. Pero ante todas cosas, ¿qué dice usted, madre?

—Digo,—contestó ésta, que quería bien á *Mi niño*;—que más vale onza de juicio que quintal de talento. Digo que Dios los haga bien casados. Digo que ayer un bautizo y mañana una boda. ¡Qué más me queda que decir sino que ¡bendito, y alabado y reverenciado sea el SEÑOR, que mejora sus horas!

Y nosotros añadiremos: ¡Benditas sean, y dichosas son aquellas almas que pasan por las pruebas de esta vida llevando por báculo y guía los sentimientos que infunde la ley de CRISTO y las reglas que prescribe su católica Iglesia!

FIN

